La esencia de la razón de Max Stirner

EDITORIAL
EL BOZAL DE LA LOGICA

Extractos del libro
"El único y su propiedad"
de Max Stirner (1844)

En la traducción del alemán al español
de Pedro González Blanco (1905)

Corregidos de la versión en inglés
de Wolfi Landstreicher (2017)

Indice

La causa del único	3
La vida de una persona	4
Los antiguos y los modernos	7
Lo propio del espíritu	13
Los poseídos de la verdad	16
Los fantasmas superiores	18
La piedad o la moralidad	20
El humanismo y su desinterés	24
La conciencia de lo sagrado	27
El sacrificio del sacerdocio	29
La reforma de la jerarquía	32
La destrucción de las leyes	36
Referencias	39

Edición
Rene Mostrenco

www.elbozaldelalogica.blogspot.com
elbozaldelalogica@gmail.com

La causa del único

¿Qué causa es la que debo defender? Antes que nada la buena causa, la causa de Dios, de la verdad, de la libertad, de la humanidad, de la justicia; luego la de mi pueblo, la de mi gobernante, la de mi patria; más tarde será la del Espíritu[1] y miles más después.

Unicamente *mi* causa no puede ser nunca mi causa.

> *«Vergüenza del egoísta que no piensa más que en sí mismo».*

¿Pero esos cuyos intereses son sagrados, esos por quienes debemos trabajar, sacrificarnos y entusiasmarnos, cómo entienden su causa?

Ustedes que saben de Dios tantas y tan profundas cosas; ustedes que durante siglos «exploraron las profundidades de la divinidad» y penetraron con sus miradas hasta lo profundo de su corazón, ¿pueden decirme cómo entiende Dios la «causa divina» que debemos servir nosotros?

Y ya que tampoco nos ocultan los designios del Señor. ¿Qué quiere? ¿Qué persigue? ¿Abrazó, como a nosotros se nos pide, una causa ajena y se ha hecho el campeón de la verdad y del amor?

Este absurdo indigna; nos enseñan que siendo Dios todo amor y toda verdad, las causas del amor y de la verdad se confunden con la suya y le son consustanciales. Les repugna admitir que Dios pueda, como nosotros, hacer suya la causa de otro.

«¿Pero abrazaría Dios la causa de la verdad si no fuera la suya?»

Dios no se ocupa más que de su causa, porque al ser él todo en todo, todo es su causa. Pero nosotros no somos todo en todo, y nuestra causa es bien mezquina, bien despreciable; por eso debemos servir a una «causa superior».

Más claro: Dios no se preocupa más que de lo suyo, no se ocupa más que de sí mismo, no piensa en nadie más que en sí mismo y no se fija más que en sí mismo; ¡pobre del que contradiga sus mandatos!

No sirve a nada superior y no trata más que de satisfacerse. La causa que defiende es únicamente la suya. Dios es un ególatra.

¿Y la humanidad, cuyos intereses debemos defender como nuestros, qué causa defiende? ¿La de otro? ¿Una superior?

No. La humanidad no se ve más que a sí misma, la humanidad no tiene otro objeto que la humanidad; su causa es ella misma. Con tal que ella se desarrolle no le importa que mueran los individuos y los pueblos; saca de ellos lo que puede sacar, y cuando han cumplido la tarea que les reclamaba, los echa al cesto de papeles inservibles de la historia.

¿La causa que defiende la humanidad, no es puramente egoísta?

Es inútil que siga y demuestre cómo cada una de esas cosas, Dios, Humanidad, etc., se preocupan sólo de su bien y no del nuestro. Revisen a los demás y vean por ustedes mismos si la Verdad, la Libertad, la Justicia, etc., se preocupan de ustedes para otra cosa que no sea pedirles su entusiasmo y sus servicios.

Que sean servidores dedicados, que les rindan homenaje, eso es todo lo que les piden.

Miren a un pueblo redimido por nobles patriotas; los patriotas caen en la batalla o revientan de hambre y de miseria; ¿qué dice el pueblo?

> *¡Abonado con sus cadáveres se hace «floreciente»!*

Mueren los individuos «por la gran causa del pueblo», que se conforma con dedicarles alguna que otra lamentable frase de reconocimiento y se guarda para sí todo el provecho. Eso me parece un egoísmo demasiado lucrativo.

Pero vean al sultán que cuida tan tiernamente a «los suyos». ¿No es la imagen de la más pura abnegación, y no es su vida un constante sacrificio? ¡Sí, por «los suyos»!

¿Se quiere hacer un ensayo? Que se muestre que no se es «el suyo», sino «el tuyo», que se rechace su egoísmo y será uno perseguido, encarcelado, torturado.

El sultán no basa su causa más que en sí mismo; es todo en todo, es el único, y no tolera a nadie que no sea uno de «los suyos».

¿No les dicen nada estos ejemplos? ¿No les hacen pensar que un egoísta tiene razón? Yo, al menos, aprendo de ellos, y en vez de continuar sirviendo con desinterés a esos grandes egoístas, seré yo mismo el egoísta.

Dios y la humanidad basaron su causa sobre nada, sobre nada más que ellos mismos. Yo basaré, entonces, mi causa sobre mí;

soy, como Dios, la negación de todo lo demás, soy todo para mí, soy el único.

Si Dios y la Humanidad son poderosos con lo que contienen, hasta el punto de que para ellos mismos todo está en todo, yo advierto que me falta a mí mucho menos todavía, y que no tengo que quejarme de mi «futilidad».

Yo no soy nada en el sentido de vacío, pero soy la nada creadora, la nada de la que saco todo.

¡Fuera entonces toda causa que no sea entera y exclusivamente la mía!

Mi causa, me dirán, debería ser, al menos, la «buena causa». ¿Qué es lo bueno, qué es lo malo? Yo mismo soy mi causa, y no soy ni bueno ni malo; esas no son, para mí, más que palabras.

Lo divino mira a Dios, lo humano mira al hombre. Mi causa no es divina ni humana, no es ni lo verdadero, ni lo bueno, ni lo justo, ni lo libre, es lo mío, no es general, sino única, como yo soy único.

Nada está por encima de mí.

La vida de una persona

En cuanto el hombre despierta a la vida, intenta encontrarse y conquistarse a sí mismo en medio del caos en que rueda confundido con todo lo demás.

Pero el niño sólo puede afirmar a cada paso su dependencia.

Porque si cada cosa se preocupa por sí misma, al mismo tiempo, choca con las demás, y la lucha por la autonomía y la supremacía es inevitable.

Vencer o ser vencido, no hay otra alternativa. El vencedor será el amo, el vencido será el esclavo. Uno disfrutará de la soberanía y de los «derechos del señor» y el otro cumplirá con respeto sus «deberes de súbdito».

Pero los enemigos no bajan las armas; cada uno permanece al acecho, espiando las debilidades de los otros, los hijos la de los padres, los padres las de los hijos, el que no da los golpes los recibe.

Para alcanzar la liberación, en la infancia tratamos de penetrar las cosas o de «ir detrás» de ellas; para eso espiamos su parte débil (en esto los niños tienen un instinto que no los engaña);

nos gusta romper lo que encontramos a mano, revisar los rincones prohibidos, explorar todo lo que se oculta a nuestras miradas; ensayamos nuestras fuerzas.

Y, descubierto al fin el secreto, nos sentimos seguros de nosotros mismos; y si, por ejemplo, llegamos a convencernos de que el palo no puede contra nuestra obstinación, ya no le tenemos miedo, lo hemos superado. ¡Detrás de los golpes se levantan, más poderosos que ellos, nuestra audacia y nuestra obstinada libertad!

Nos deslizamos poco a poco a través de todo lo inquietante, a través de la fuerza temible del látigo, a través del rostro enojado de nuestro padre, y detrás de todo descubrimos nuestra *ataraxia*[2] y ya nada nos incomoda, ya nada nos espanta; tenemos conciencia de nuestro poder de resistir y vencer, descubrimos que nada puede violentarnos. Lo que nos inspiraba miedo y respeto, en lugar de intimidarnos nos alienta: detrás del rudo mandato de los superiores y de los padres, se levanta más obstinada nuestra voluntad, más rápida nuestra astucia. Cuando más aprendemos a conocernos, más nos reímos de lo que considerábamos insuperable.

Pero, ¿qué son nuestra destreza, nuestro valor, nuestra audacia, sino el espíritu?

Durante largo tiempo escapamos a una lucha cansadora y triste: la lucha contra la razón. Lo mejor de la infancia pasa sin que tengamos que pelear contra la razón. No nos preocupamos de ella, no nos mezclamos con ella, ni admitimos ninguna razón.

Que nos quieran convencer nos parece entonces un absurdo: somos sordos a las buenas razones y a los argumentos sólidos, reaccionamos solamente a las caricias y los castigos.

Más tarde comienza el difícil combate contra la razón y con él se abre una nueva fase de

nuestra vida. De niños habíamos vivido sin meditar.

Con el espíritu nos conocemos a nosotros mismos, y él es el primer nombre bajo el cual des-divinizamos lo divino, es decir, el objeto de nuestras inquietudes, nuestros fantasmas, «los poderes superiores».

Nada se impone desde entonces a nuestro respeto; estamos llenos del juvenil sentimiento de nuestra fuerza, y el mundo pierde ante nuestros ojos todo interés, porque nos sentimos superiores a él, nos sentimos espíritu.

Notamos que, hasta entonces, habíamos mirado al mundo sin verlo, que no lo habíamos contemplado nunca con los ojos del espíritu.

Ensayamos sobre las fuerzas de la naturaleza nuestras primeras fuerzas. Los padres se nos imponen como fuerzas naturales; más tarde pensamos que se debe abandonar padre y madre para romper todo poder natural. Llega un día en que el lazo se rompe. Para el hombre que piensa, es decir para el hombre «espiritual», la familia no es un poder natural y debe renunciar a los padres, los hermanos, etc. Si éstos «renacen» en lo sucesivo como potencias espirituales y racionales, esas potencias nuevas no son, de ningún modo, lo que eran antes.

Y no sólo es el yugo de los padres lo que se sacude el joven, es toda autoridad humana; los hombres ya no son un obstáculo ante el que es preciso detenerse, porque «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres».

El nuevo punto de vista en que se coloca es el «celestial», y visto desde esa altura, todo lo «terrestre» retrocede, se empequeñece y se borra en una lejana bruma de desprecio.

De ahí el cambio radical en la orientación intelectual del joven y el cuidado exclusivo de lo espiritual, en tanto que el niño, que no se sentía aún espíritu, quedaba limitado a la letra de los libros.

El joven ya no se adhiere a las cosas, sino que procura aprehender los pensamientos que esas cosas encubren; así, por ejemplo, cesa de acumular confusamente en su cabeza los hechos y las fechas de la historia, para esforzarse en penetrar en su espíritu; el niño, por el contrario, aunque comprenda bien el encadenamiento de los hechos, es incapaz de sacar de ellos ideas, espíritu; y amontona los conocimientos que adquiere sin seguir un plan *a priori*, sin sujetarse a un método teórico; en resumen, sin buscar ideas.

En la niñez tenía que superar las leyes del mundo; ahora, ante cualquier cosa que se proponga, choca con una objeción del espíritu.

> «*¡Esto no es razonable, no es cristiano, no es patriótico!*»

nos grita la conciencia; y nos abstenemos.

No tememos al poder vengador de las Euménides, ni a la cólera de Poseidón, ni a Dios que ve las cosas ocultas, ni al castigo paterno: tememos a la Conciencia.

Somos, desde entonces, «los servidores de nuestros pensamientos»; obedecemos sus órdenes como en otros tiempos obedecimos las paternas o las de otros hombres. Son ellas (ideas, representaciones, creencias) las que reemplazan a los mandatos paternos y las que gobiernan nuestra vida.

De niños ya pensábamos; pero nuestros pensamientos entonces no eran incorpóreos, abstractos, absolutos, no eran nada más que un puro mundo de pensamientos; no eran pensamientos lógicos.

Sólo teníamos los pensamientos que nos inspiraban los acontecimientos y las cosas; pensábamos que una cosa determinada era de tal o cual naturaleza. Pensábamos que «es Dios quien ha creado este mundo que vemos»; pero nuestro pensamiento no iba más lejos, no «escrutábamos las profundidades mismas de la divinidad».

Decíamos «esto es verdadero, esto es la verdad»; pero sin indagar lo verdadero en sí, la verdad en sí, sin preguntarnos si «Dios es la verdad». Poco nos importaban «las profundidades de la divinidad», ni cuál fuese la «verdad».

Pilato no se detiene en cuestiones de pura lógica (o, en otros términos, de pura teología) como «¿qué es la verdad?», y sin embargo, llegada la ocasión, no vacila en distinguir «lo que hay de verdadero y lo que hay de falso en un asunto», es decir, si tal cosa particular es verdadera.

Todo pensamiento inseparable de un objeto no es todavía más que un pensamiento absoluto.

No hay para el joven mayor placer que descubrir y apropiarse del pensamiento puro; la verdad, la libertad, la humanidad, el hombre, etc.;

esos astros brillantes que alumbran el mundo de las ideas, iluminan y exaltan las almas juveniles.

Pero una vez reconocido el espíritu como esencial, aparece una diferencia: el espíritu puede ser rico o pobre; y nos esforzamos, entonces, en hacernos ricos de espíritu; el espíritu quiere extenderse, fundar su reino, reino que no es de este mundo, sino de mucho más allá; así aspira a resumir en sí todo espiritualismo.

Aún espíritu como soy, no soy espíritu perfecto y debo empezar por buscar ese espíritu perfecto.

Yo, que hace no mucho me había reconocido en el espíritu, me pierdo de nuevo, penetrado por mi inanidad, me humillo ante el espíritu perfecto, reconociendo que no está en mí, sino más allá de mí.

Todo depende del espíritu; ¿pero todo espíritu es «correcto»? El espíritu bueno y verdadero es el ideal de espíritu, el «Espíritu Santo». No es ni el mío ni el tuyo, es un espíritu ideal, superior: es «Dios». «Dios es el espíritu». [...]

El hombre ya maduro difiere del joven en que toma el mundo como es, sin ver por todas partes males que corregir, entuertos que enderezar, y sin pretender moldearlo a su ideal. En él se fortifica la opinión de que uno debe obrar en el mundo, según su interés y no según su ideal.

En tanto que uno no ve en sí más que el espíritu y pone todo su mérito en ser espíritu, no cuesta nada arriesgar la vida, lo «corporal», por una insignificancia de amor propio;

y como no tiene uno más que pensamientos, ideas que espera ver realizadas algún día, cuando haya encontrado su camino, hallado una salida a su actividad, esos pensamientos, esas ideas permanecen provisionalmente incumplidas, irrealizadas: no se tiene más que un ideal.

Pero desde que se ama el «pellejo» (lo que sucede ordinariamente en la edad madura) y se experimenta placer en ser tal como uno es, con vivir su vida, cesa de perseguir el ideal para apegarse a un interés personal, egoísta,

es decir, a un interés no sólo del espíritu, sino a la satisfacción de todo el individuo,

y el interés viene a ser, desde entonces, verdaderamente interesado.

Comparen, entonces, al hombre maduro con el hombre joven. ¿No les parece más duro, más egoísta, menos generoso?

¡Sin duda! ¿Es por eso más malo? No; lo que pasa es que se ha hecho más positivo, más «práctico».

El punto principal es que hace de sí el centro de todo, cosa que no hace el joven, distraído por un montón de cosas que no son él:

dios, la patria y otros pretextos de «entusiasmo».

El hombre se descubre así por segunda vez. El joven había advertido su espiritualidad y se había extraviado después en la investigación del espíritu universal y perfecto, del Espíritu Santo, del Hombre, de la Humanidad, en una palabra, de todos los ideales.

El hombre se recobra y vuelve a encontrar su espíritu encarnado en él, hecho carne.

Un niño no desea ni ideas ni pensamientos; un joven no persigue más que intereses espirituales; los intereses del hombre, en cambio, son materiales, personales y egoístas.

Cuando el niño no tiene ningún objeto en que ocuparse, se aburre, porque no sabe todavía ocuparse de sí mismo.

El joven, al contrario, se cansa pronto de los objetos, porque de esos objetos salen para él pensamientos, y él, ante todo, se interesa en los sueños, en lo que espiritualmente le ocupa: «su espíritu está ocupado».

En todo lo que no es espiritual el joven no ve más que «futilidades». Si se le ocurre tomar en serio las más insignificantes niñerías (por ejemplo, las ceremonias de la vida universitaria), es porque se apoderan de su espíritu, es decir, porque ve en ellas símbolos.

Yo me he colocado detrás de las cosas, y he descubierto mi espíritu; igualmente más tarde me encuentro detrás de los pensamientos, y me siento su creador y su poseedor.

A la edad de las visiones, mis pensamientos proyectaban sombra sobre mi cerebro, como el árbol sobre el suelo que lo nutre;

se cernían a mí alrededor ensueños febriles, y me estremecían con su espantoso poder.

Los pensamientos mismos se habían revestido de una forma corporal, y si veía a esos fantasmas, se llamaban Dios, el Emperador, el Papa, la Patria, etc.

Hoy destruyo esas vaguedades engañosas, entro en posesión de mis pensamientos, y digo:

Yo sólo tengo un cuerpo y soy alguien. No veo ya en el mundo más que lo que él es para mí; es mío, es mi propiedad. Yo lo refiero todo a mí.

No hace mucho era espíritu, y el mundo era a mis ojos digno sólo de desprecio; hoy soy yo, soy propietario, y rechazo esos espíritus o esas ideas cuya vanidad he medido.

Todo eso no tiene sobre mí más poder que el que las «fuerzas de la tierra» tienen sobre el espíritu.

El niño era realista, ocupado por las cosas de este mundo, hasta que llegó poco a poco a penetrarlas. El joven es idealista, ocupado en sus pensamientos, hasta el día en que llegará a ser hombre egoísta que no persigue a través de las cosas y de los pensamientos más que la felicidad de su corazón, y pone por encima de todo su interés personal.

Los antiguos y los modernos

Puesto que la costumbre ha rotulado a nuestros abuelos anteriores a Cristo llamándolos «antiguos», no discutiremos que, comparados con nosotros, gente de experiencia, sean unos niños;

preferimos inclinarnos ante ellos como ancianos padres.

¿Pero cómo pudieron envejecer, y quién con su pretendida novedad llegó a suplantarlos?

Nosotros lo conocemos, es el innovador, el revolucionario, el heredero impío que profanó con su propias manos el sábado de sus padres para santificar su domingo, y que interrumpió el curso del tiempo para iniciar una era nueva;

nosotros lo conocemos y sabemos que fue cristiano.

Pero, ¿permanece él mismo eternamente joven, es todavía hoy él, «moderno», o le llegó su turno de envejecer, a él, que hizo envejecer a los «antiguos»?

Fueron los antiguos mismos los que procrearon al hombre moderno que debía suplantarlos: examinemos esta génesis.

«Para los antiguos —dice Feuerbach— el mundo era una verdad».

Pero se olvidaba de añadir: «una verdad cuya falsedad buscaron y llegaron a penetrar».

Se reconoce pronto el origen de estas palabras de Feuerbach; se relacionan con las cristianas cuando hablan de «este mundo vano y perecedero».

Jamás el cristiano pudo convencerse de la vanidad de la palabra divina; cree en su eterna e inquebrantable veracidad, cuyo triunfo sólo pueden hacer más brillante profundas meditaciones;

los antiguos, en cambio, estaban penetrados del sentimiento de que el mundo y las leyes del mundo (lazos de sangre, por ejemplo) eran la verdad, verdad ante la cual debía inclinarse su impotencia.

Precisamente lo que los antiguos habían considerado de más alto precio, los cristianos lo rechazaron como cosa sin valor;

lo que los unos habían proclamado verdadero, los otros envilecieron como una mentira;

la idea tan exaltada de patria pierde su importancia, y los cristianos deben mirarse «(…) confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra»[3]; el entierro de los muertos, ese deber sagrado que inspiró una obra maestra, la *Antígona* de Sófocles, no parece más que una miseria

> *(«Dejad a los muertos que entierren a sus muertos»);*

la indisolubilidad de los lazos de familia se convierte en una preocupación de la que es preciso deshacerse[4] y así sucesivamente.

Vemos, entonces, que aquello que los antiguos tuvieron por verdad, era exactamente lo contrario de lo que pasó por verdad a los ojos de los modernos;

los unos creyeron en lo natural, los otros en lo espiritual; los unos en las cosas y en las leyes de la tierra, los otros en las del cielo (la patria celestial, «la Jerusalén de allá arriba», etc.).

Dado que el pensamiento moderno no fue más que la ultimación y el producto del pensamiento antiguo, queda por examinar cómo fue posible tal metamorfosis.

Fueron los antiguos mismos los que acabaron por hacer de su verdad una mentira.

Remontémonos a los más hermosos tiempos de la antigüedad, al siglo de Pericles: entonces fue cuando empezó la sofística y Grecia jugó con lo que había sido para ella, hasta entonces, el objeto de las más graves meditaciones.

Los padres habían estado demasiado tiempo encorvados bajo el yugo inexorable de las realidades, para que estas duras experiencias no enseñaran a sus descendientes a conocerse.

Con una audaz seguridad lanzan los sofistas su grito alentador:

> *«¡No te dejes imponer!», [...] «usa en toda ocasión la inteligencia, la sutileza, la ingeniosidad de tu espíritu; gracias a una inteligencia sólida y bien ejercitada es como se vive mejor en el mundo, como mejor se asegura la suerte, la mejor vida».*

Reconocen, pues, en el espíritu la verdadera arma del hombre contra el mundo; es lo que les hace apreciar tanto la flexibilidad dialéctica, la destreza oratoria, el arte de la controversia.

Proclaman que es preciso en toda ocasión recurrir al espíritu; pero están bien lejos aún de santificarlo, porque este último no es para ellos más que un arma, un medio: lo que son para los niños la astucia y la audacia.

El espíritu es para ellos la inteligencia, la infalible razón.

Hoy esta educación intelectual la juzgaríamos incompleta, unilateral, y se añadiría:

> *no formen únicamente su inteligencia, formen también su vuestro corazón.*

Esto es lo que hizo Sócrates. Si el corazón, en efecto, se libera de sus aspiraciones naturales; si quedase lleno de su contenido fortuito, de impulsos desordenados sometidos a todas las influencias exteriores, no sería más que el foco de las codicias más diversas, y ocurriría fatalmente que la inteligencia libre, esclavizada a un «mal corazón», se prestaría a realizar todo lo que deseara la maldad.

Por eso, Sócrates dice que no basta emplear en toda circunstancia la inteligencia, sino que lo que importa es saber a qué objeto debe aplicarse.

Hoy diríamos que ese objeto debe ser el «bien»; pero perseguir el bien es ser moral;

Sócrates es, entonces, el fundador de la ética.

El principio de la sofística conducía a admitir para el hombre más ciegamente esclavo de sus pasiones la posibilidad de ser un sofista temible, capaz, gracias al poder de su espíritu, de ordenar y moldear todo al gusto de su grosero corazón.

> *¿Cuál es la acción en cuyo favor no se pueden invocar «buenas razones»? ¿No es todo defendible?*

Por eso Sócrates agrega:

> *«Para que se pueda apreciar su sabiduría, se necesita tener un corazón puro».*

Entonces comienza el segundo período de liberación del pensamiento griego, el período de la pureza del corazón. El primero acaba con los sofistas, cuando proclamaron el poder ilimitado de la inteligencia.

Pero el corazón toma siempre el partido del mundo; es su servidor, y está siempre agitado por pasiones terrestres.

Aquel fue el tiempo de la educación del corazón. Pero, ¿qué educación conviene al corazón? La inteligencia ha llegado a burlarse de todo el contenido del espíritu, del que ella es tan sólo una parte, y eso amenaza también al corazón:

ante él pronto va a hundirse todo lo que pertenece al mundo, y familia, patria, todo será abandonado por él, es decir, por la feli-

cidad, por la felicidad del corazón.

La experiencia diaria enseña que el corazón late y latirá todavía durante muchos años por la razón. De igual modo, por más que la inteligencia se hubiese hecho completamente dueña de las antiguas fuerzas, faltaba todavía, para que no tuvieran más influencia sobre el hombre, expulsarlas del corazón, donde reinaban sin disputa.

Esta guerra fue declarada por Sócrates, y la paz no se firmó hasta el día en que se extinguió el mundo antiguo.

Con Sócrates comienza el examen del corazón y todo su contenido va a ser juzgado. Los últimos, los supremos esfuerzos de los antiguos, condujeron a rechazar todo el contenido del corazón y a dejarlo latir vacío: esa fue la obra de los escépticos.

Así fue atacada aquella pureza del corazón, que en tiempos de los sofistas había llegado a oponerse a la inteligencia.

El resultado de la cultura sofística es este: la inteligencia no se detiene ante nada;

el de la educación escéptica: el corazón no se deja conmover por nada.

Durante tanto tiempo como permanece atrapado por el movimiento del mundo y confundido por sus relaciones con él —y permanece así hasta el fin de la antigüedad, porque su corazón luchó hasta entonces para librarse del mundo— no es todavía espíritu; el espíritu es, en efecto, inmaterial, sin relaciones con el mundo;

no existen para él ni la naturaleza ni las leyes de la naturaleza, sino únicamente lazos espirituales.

Por esto el hombre tuvo que llegar a ser tan indiferente y estar apartado de todo, como lo había hecho la formación escéptica, así de indiferente frente al mundo, para que su derrumbamiento no pudiera conmoverlo, antes de poder sentirse independiente del mundo, es decir, sentirse espíritu.

El hombre debe a la obra de gigantes de los antiguos el saber que es un ser sin unión con el mundo, un espíritu.

Cuando todas las preocupaciones terrenales lo han abandonado, el hombre es para él mismo todo en todo;

ya no es más que para él mismo, es espíritu para el espíritu, o más claramente, no se ocupa más que de lo espiritual.

[…]

Los antiguos tendieron hacia el espíritu y se esforzaron en llegar a la espiritualidad.

Pero el hombre que quiere ser activo como espíritu, será arrastrado a tareas muy distintas de las que pudo trazarse de antemano, a tareas que pondrán en acción el espíritu y no sólo la inteligencia práctica, el ingenio, que es sólo capaz de hacerse dueño de las cosas.

El espíritu persigue únicamente lo espiritual y busca en todo sus propias huellas:

para el espíritu creyente «toda cosa procede de Dios», y no le interesa sino porque este origen divino se muestra en ella;

al espíritu filosófico todo le parece marcado por el sello de la razón, y no le interesa más que si puede descubrir allí la razón; es decir, el contenido espiritual.

No poseían los antiguos este espíritu que no se aplica a nada no espiritual, a ninguna cosa, sino únicamente al ser que existe por detrás y por encima de las cosas, a los pensamientos.

Pero luchaban por adquirirlo, lo deseaban ardientemente, y por eso mismo lo afilaban en silencio para volverlo contra su poderoso enemigo, el mundo de los sentidos (que, por otra parte, no se había hecho aún sensible para ellos, porque Jehová y los dioses del paganismo estaban bien lejos de la noción de «Dios es espíritu», y la patria «celestial» no había reemplazado todavía a la patria sensible);

esperándolo, oponían a este mundo sensible su sentido práctico, su sagacidad. […]

El ingenio y la profundidad de los antiguos están tan alejados del espíritu y de la espiritualidad del mundo cristiano como la tierra lo está del cielo.

Las cosas de este mundo no conmueven ni angustian al que se siente un espíritu libre;

no le preocupan, porque sería preciso, para que continuase sintiendo su peso, que fuese limitado y que les diera todavía alguna im-

portancia, esto es, que siguiera preocupado por su «amada vida».

El que se dedica exclusivamente a saberse y sentirse espíritu puro, se preocupa poco de los acontecimientos desagradables que puedan sucederle, y no piensa de ningún modo en cómo organizarse para tener una vida libre y agradable.

Las incomodidades de la vida sujeta a las cosas no lo afectan, porque no vive más que por el espíritu, y de alimentos completamente espirituales.

Sin duda, como el primer animal, pero casi sin darse cuenta, bebe, come, y cuando el pasto le falta su cuerpo muere;

pero como espíritu sabe que es inmortal, y sus ojos se cierran en medio de una meditación o de una plegaria.

Toda su vida se limita a sus relaciones con lo espiritual: él piensa, el resto no es nada;

cualquiera sea la dirección que tome su actividad en los dominios del espíritu, plegaria, contemplación o especulación filosófica, siempre sus esfuerzos se realizan bajo la forma de un pensamiento,

y por eso Descartes, cuando llegó a entender completamente esta verdad, pudo decir: «pienso, luego soy».

Eso significa que mi pensamiento es mi ser y mi vida, que no tengo otra vida más que mi vida espiritual, ni otra existencia más que mi existencia en tanto espíritu, en fin, que soy absolutamente espíritu y nada más que espíritu. [...]

¡Con los antiguos era muy distinto!

Por enérgicos, por viriles que se mostraran frente a la potencia de las cosas, no podían hacer más que reconocer esta potencia, y su poder se limitaba a proteger todo lo posible su vida contra ella.

Sólo muy tarde reconocieron que su «verdadera vida» no era la que participaba de las luchas del mundo, sino la vida «espiritual», «que se desvía de las cosas»;

y el día que lo advirtieron, se convirtieron en cristianos, en «modernos» e innovadores frente al mundo antiguo.

La vida espiritual, ajena a las cosas de aquí abajo, ya no tiene sus raíces en la naturaleza, «no se alimenta más que de pensamientos», y no es, entonces, ya la «vida», sino el pensamiento.

No se crea, sin embargo, que los antiguos vivieran sin pensar; eso sería tan falso como imaginarse al hombre espiritual sin vivir.

Los antiguos tenían sus pensamientos sobre todo, sobre el mundo, sobre el hombre, sobre los dioses, etc., y mostraban gran interés en hacerse conscientes de todo esto.

Pero lo que no conocían era el pensamiento, aunque pensaran en toda clase de cosas y pudieran ser «atormentados con sus pensamientos».

Recuerden la frase del Evangelio:

> *«Mis pensamientos no son sus pensamientos; así como el cielo está más alto que la tierra, mis pensamientos son más elevados que los suyos»; [...]*

¿Qué busca, entonces, la antigüedad? La verdadera alegría, la alegría de vivir, que terminará siendo la «verdadera vida».

El poeta griego Simónides canta:

> *«Para el hombre mortal, el más noble e importante de los bienes es la salud; el segundo, la belleza; el tercero, la riqueza adquirida sin fraude; el cuarto, es disfrutar de esos bienes en compañía de amigos jóvenes».*

Esos son los bienes de la vida, las alegrías de la vida.

¿Y qué otra cosa buscaba Diógenes de Sínope, sino esa verdadera alegría de vivir que creyó encontrar en la más estricta miseria? ¿Qué otra cosa buscaba Aristipo?

Lo que buscaban todos era el tranquilo e imperturbable deseo de vivir, era la serenidad.

Los estoicos quieren realizar el ideal de la sabiduría en la vida, ser hombres para saber vivir. Este ideal lo encuentran en el desprecio del mundo, en una vida inmóvil y estancada, aislada y desnuda, sin expansión, sin relaciones cordiales con el mundo.

El estoico vive, pero para él todo lo demás está muerto.

Los epicúreos, al contrario, desean una vida activa.

Los antiguos aspiran al vivir bien [...], a la

EUDAIMONIA[5], AL BIENESTAR BAJO TODAS SUS FORMAS.

DEMÓCRITO, POR EJEMPLO, ELOGIA LA PAZ DEL CORAZÓN DEL «QUE DESLIZA SUS DÍAS EN EL REPOSO, LEJOS DE LAS AGITACIONES Y LOS MIEDOS».

EL PIENSA, ENTONCES, EN ATRAVESAR LA VIDA SIN CUIDADOS, PRESERVÁNDOSE DE TODOS LOS AZARES DEL MUNDO. COMO NO PUEDE DESPRENDERSE DEL MUNDO, PUESTO QUE TODA SU ACTIVIDAD ESTÁ VUELTA HACIA ESTE ESFUERZO, SE LIMITA A RECHAZARLO,

PERO NO LO DESTRUYE (PORQUE, PARA QUE EXISTA ALGO QUE RECHAZAR, ES PRECISO QUE LO RECHAZABLE Y LO RECHAZADO SE MANTENGAN), Y ALCANZA, CUANDO MUCHO, UN GRADO DE LIBERACIÓN APENAS DISTANTE EN EL GRADO AL QUE SUELEN ALCANZAR LOS TIRANIZADOS POR EL MUNDO.

AUNQUE LLEGUE A MATAR EN SÍ EL ÚLTIMO RESTO DE SENSIBILIDAD POR LAS COSAS TERRESTRES, QUE REVELA EL MONÓTONO CUCHICHEO DE LA PALABRA «BRAHM»[6], NADA, SIN EMBARGO, LO SEPARA ESENCIALMENTE DEL HOMBRE DE LOS SENTIDOS, DEL HOMBRE MATERIAL.

EL ESTOICISMO, LA VIRTUD VIRIL MISMA, NO TIENE OTRA RAZÓN DE SER QUE LA NECESIDAD DE AFIRMARSE FRENTE AL MUNDO;

LA ÉTICA DE LOS ESTOICOS (SU ÚNICA CIENCIA, YA QUE NO PUEDEN DECIR OTRA COSA DEL ESPÍRITU MÁS QUE CÓMO DEBE COMPORTARSE FRENTE AL MUNDO; Y DE LA NATURALEZA —FÍSICA— SÓLO QUE EL HOMBRE SABIO DEBE OPONERSE A ELLA) NO ES UNA DOCTRINA DEL ESPÍRITU, SINO UNA DOCTRINA DEL DESPRECIO DEL MUNDO Y DE LA AFIRMACIÓN DE SÍ MISMA FRENTE AL MUNDO;

Y ESTA DOCTRINA SE EXPRESA EN «LA IMPASIBILIDAD Y EN LA CALMA EN LA VIDA», ES DECIR, EN LA PURA VIRTUD ROMANA.

LOS ROMANOS TAMPOCO PASARON DE ÉSTA SABIDURÍA EN LA VIDA (HORACIO, CICERÓN, ETC.).

LA PROSPERIDAD EPICÚREA (*BEDONÉ*) NO ES MÁS QUE EL SABER VIVIR ESTOICO, PERO MÁS REFINADO, MÁS ENGAÑOSO; LOS EPICÚREOS ENSEÑAN SIMPLEMENTE OTRA CONDUCTA EN EL MUNDO, NOS ACONSEJAN USAR EL INGENIO PARA NO CHOCAR CON ÉL;

> *ES NECESARIO ENGAÑAR AL MUNDO, PORQUE ES NUESTRO ENEMIGO.*

LA SEPARACIÓN DEFINITIVA CON EL MUNDO FUE CONSUMADA POR LOS ESCÉPTICOS.

TODAS NUESTRAS RELACIONES CON ÉL, NO TIENEN «NI VALOR NI VERDAD». LAS SENSACIONES Y LOS PENSAMIENTOS QUE SACAMOS DEL MUNDO NO CONTIENEN, DICE TIMÓN, «NINGUNA VERDAD».

«¿QUÉ ES LA VERDAD?» —EXCLAMA PILATO. LA DOCTRINA DE PIRRÓN NOS ENSEÑA QUE EL MUNDO NO ES NI BUENO NI MALO, NI HERMOSO NI FEO, ETC., SINO QUE ESOS SON SIMPLES PREDICADOS QUE LE ATRIBUIMOS.

> *«UNA COSA NO ES NI BUENA NI MALA EN SÍ: ES EL HOMBRE EL QUE LA JUZGA DE UN MODO O DE OTRO».*

DICE TIMÓN. NO HAY OTRA ACTITUD POSIBLE FRENTE AL MUNDO QUE LA ATARAXIA (LA INDIFERENCIA) Y LA AFASIA (EL SILENCIO, O, EN OTROS TÉRMINOS, EL AISLAMIENTO INTERIOR).

NO HAY EN EL MUNDO «NINGUNA OTRA VERDAD QUE APRENDER»: LAS COSAS SE CONTRADICEN, NUESTROS PENSAMIENTOS SOBRE ELLAS NO TIENEN NINGÚN CRITERIO (UNA COSA QUE ES BUENA PARA UNO, RESULTA MALA PARA EL OTRO);

SE ABANDONA ENTONCES TODA INVESTIGACIÓN SOBRE LA «VERDAD»; Y SÓLO QUEDA EL HOMBRE SIN CAPACIDAD DE CONOCIMIENTO, EL HOMBRE QUE NO ENCUENTRA NADA QUE CONOCER EN EL MUNDO; Y ESTE HOMBRE DEJA AL MUNDO VACÍO DE VERDAD Y NO SE PREOCUPA POR ÉL.

ASÍ SOMETIÓ LA ANTIGÜEDAD AL MUNDO DE LAS COSAS, EL ORDEN DE LA NATURALEZA, Y DEL UNIVERSO;

PERO ESTE ORDEN —O LAS COSAS DE ESTE MUNDO— INCLUYE NO SÓLO LAS LEYES DE LA NATURALEZA, SINO TAMBIÉN TODAS LAS RELACIONES EN QUE LA NATURALEZA COLOCA AL HOMBRE: LA FAMILIA, LA COMUNIDAD Y TODO LO QUE SE LLAMA «LAZOS NATURALES».

CON EL MUNDO DEL ESPÍRITU COMIENZA EL CRISTIANISMO.

EL HOMBRE QUE SE MANTIENE EN ARMAS FRENTE AL MUNDO, ES EL ANTIGUO, EL PAGANO […];

EL HOMBRE QUE NO SE GUÍA MÁS QUE POR SU «ALEGRÍA DE CORAZÓN», SU COMPASIÓN, SU SIMPATÍA, SU ESPÍRITU, ES EL MODERNO, EL CRISTIANO.

LOS ANTIGUOS TRABAJARON PARA SOMETER AL MUNDO Y SE ESFORZARON EN LIBERAR AL HOMBRE DE LAS PESADAS CADENAS DE SU DEPENDENCIA DE AQUELLO QUE NO ERA ÉL; LLEGARON ASÍ A LA DISOLUCIÓN DEL ESTADO Y A LA PREPONDERANCIA DE TODO LO «PRIVADO». COSA PÚBLICA, FAMILIA, ETC., EN TANTO LAZOS NATURALES, SE CONVIERTEN EN

molestos obstáculos que impiden mi libertad espiritual.

[…]

Ya dijimos que «para los antiguos el mundo era una verdad»; podemos decir ahora: «para los modernos el espíritu era una verdad»,

pero debe añadirse, como antes: «una verdad cuya falsedad buscaron y llegaron a penetrar».

El cristianismo sigue el camino que había tomado la antigüedad: encorvado durante toda la edad media bajo la disciplina de los dogmas cristianos, en el siglo anterior a la Reforma, se hace sofista y juega heréticamente con todos los fundamentos de la fe.

Sobre todo en Italia y en la corte de Roma se decía:

> *el espíritu puede divertirse, mientras el corazón permanezca cristiano.*

En las épocas previas a la Reforma estaban tan acostumbrados a las discusiones sutiles, que el Papa —y casi todos con él— creyeron que la entrada de Lutero en escena no era más que una «pelea de frailes».

El humanismo corresponde a la sofística, y así como en tiempos de los sofistas que la vida griega alcanzó su máxima expansión (en el siglo de Perícles), del mismo modo, en tiempos del humanismo, que se podría llamar también la época del maquiavelismo, fue un momento culminante de la historia de la civilización (la imprenta, el Nuevo Mundo, etc.).

El corazón estaba en aquel momento bien lejos aún de querer liberarse de su contenido cristiano.

Pero la Reforma se tomó, como lo había hecho Sócrates, el corazón en serio, y los corazones, desde ese día, han dejado, visiblemente, de ser cristianos.

Desde el momento en que se empezaba con Lutero a discutir el lugar que debía ocupar el corazón, empezó a aliviarse la Reforma de la pesada carga de los sentimientos cristianos.

Día a día menos cristiano, el corazón perdió lo que lo había llenado y ocupado hasta entonces, tanto que al fin no le quedó más que una cordialidad vacía:

el amor genérico por los hombres, el amor del Hombre, la «conciencia».

El cristianismo llega así al término de su evolución, porque se ha desnudado, atrofiado y vaciado.

El corazón ya no tiene nada que no lo rebele, a menos que inconscientemente lo deje entrar; somete a una crítica mortal a todo lo que pretenda conmoverlo (a no ser, como antes, de modo inconsciente o tomado por sorpresa), no tiene piedad. No es capaz de amar.

¿Y qué podría amar en los hombres? Todos son «egoístas», ninguno es verdaderamente el hombre, el espíritu puro; el cristiano no ama a nadie más que al espíritu, pero, ¿dónde está el espíritu puro?

Amar al hombre en carne y hueso no sería ya un amor «espiritual», sería una traición al amor «puro», al «interés teórico».

Porque no debe confundirse con el amor puro esa cordialidad que estrecha amistosamente la mano, porque es precisamente lo contrario; no se entrega con sinceridad a nadie, no es más que una simpatía completamente teórica, un interés que se fija en el hombre como Hombre, no como persona.

La persona rechaza este amor porque es egoísta, porque ella no es el Hombre, es decir, la idea en que se puede fijar el interés teórico.

Los hombres de carne y hueso, como nosotros, no dan otra cosa al amor puro, a la pura teoría, más que un objeto de crítica, de burla y de completo desprecio;

para ellos, como para los sacerdotes fanáticos, las personas no son más que «basura», o algo peor.

Llegados a esta cumbre del amor desinteresado, debemos aceptar que ese espíritu que inspira el amor exclusivo del cristiano, no es nada o es un engaño.

[…]

> *Aceptemos la herencia que nos han dejado los antiguos e intentemos, como obreros laboriosos, sacar de ella todo lo que se pueda sacar. La tierra yace despreciada*

A NUESTROS PIES, MUY POR DEBAJO DE NOSOTROS Y DE NUESTRO CIELO;

SUS BRAZOS PODEROSOS YA NO NOS OPRIMEN; OLVIDAMOS SU ALIENTO EMBRIAGADOR; POR SEDUCTORA QUE SEA, SÓLO PUEDE PERDER A NUESTROS «SENTIDOS», Y COMO NO SOMOS NADA MÁS QUE ESPÍRITU, NO PUEDE ENGAÑARNOS.

UNA VEZ PENETRADAS LAS COSAS, EL ESPÍRITU ESTÁ POR ENCIMA DE ELLAS; ESTÁ LIBRE DE SUS BRAZOS Y QUEDA LIBERADO EN EL «MÁS ALLÁ».

ASÍ HABLA LA «LIBERTAD ESPIRITUAL».

PARA EL ESPÍRITU, AL QUE LARGOS ESFUERZOS HAN LIBERADO DEL MUNDO, AL ESPÍRITU SIN MUNDO, NO LE QUEDA YA, PERDIDOS EL MUNDO Y LA MATERIA, MÁS QUE EL ESPÍRITU Y LO ESPIRITUAL.

SIN EMBARGO, AL HACERSE ESENCIALMENTE DIFERENTE E INDEPENDIENTE DEL MUNDO, EL ESPÍRITU NO HIZO MÁS QUE ALEJARSE DE ÉL, SIN PODER, EN REALIDAD, ELIMINARLO;

ASÍ, ESTE MUNDO LE OPONE, DESDE EL DESCRÉDITO EN QUE HA CAÍDO, OBSTÁCULOS CONSTANTES; Y EL ESPÍRITU, QUE SÓLO CONOCE LO ESPIRITUAL, ESTÁ CONDENADO A ARRASTRAR ETERNAMENTE EL DESEO MELANCÓLICO DE ESPIRITUALIZAR AL MUNDO, DE SALVARLO.

POR ELLO, COMO UN JOVEN, SE OCUPA EN PLANES DE REDENCIÓN, EN PROYECTOS PARA MEJORAR EL MUNDO QUE FORMA.

LOS ANTIGUOS, COMO VIMOS, ERAN ESCLAVOS DE LO TERRENO; SE INCLINABAN ANTE EL ORDEN NATURAL DE LAS COSAS, PERO PREGUNTÁNDOSE SIEMPRE SI NO EXISTÍA FORMA DE ESQUIVAR ESTA SERVIDUMBRE;

CUANDO FINALMENTE SE FATIGARON CON SUS CONSTANTES INTENTOS DE REBELIÓN Y DE SUS ÚLTIMOS SUSPIROS, NACIÓ EL DIOS, EL «VENCEDOR DEL MUNDO».

TODA LA ACTIVIDAD DE SU PENSAMIENTO HABÍA SIDO DIRIGIDA HACIA EL CONOCIMIENTO DEL MUNDO; NO HABÍA SIDO MÁS QUE UN LARGO ESFUERZO PARA PENETRARLO Y SUPERARLO.

¿QUÉ HIZO EL PENSAMIENTO DURANTE LOS SIGLOS QUE SIGUIERON? ¿QUÉ ES LO QUE LOS MODERNOS INTENTARON PENETRAR?

NO EL MUNDO, PORQUE ESTO YA LO HABÍAN HECHO LOS ANTIGUOS; PERO SÍ EL DIOS QUE ESTOS ÚLTIMOS LES DEJARON, EL DIOS QUE «ES ESPÍRITU» TODO AQUELLO RELACIONADO CON EL ESPÍRITU, LO ESPIRITUAL.

PERO LA ACTIVIDAD DEL ESPÍRITU QUE EXPLORA «LAS PROFUNDIDADES MISMAS DE LA DIVINIDAD» ES LA TEOLOGÍA.

SI LOS ANTIGUOS NO PRODUJERON MÁS QUE UNA COSMOLOGÍA, LOS MODERNOS NO PASARON JAMÁS DE LA TEOLOGÍA.

MÁS ADELANTE VEREMOS QUE LAS MÁS RECIENTES REBELIONES CONTRA DIOS, NO SON SINO LAS ÚLTIMAS CONVULSIONES DE ESA «TEOLOGÍA»; SON INSURRECCIONES TEOLÓGICAS.

LO PROPIO DEL ESPÍRITU

MI INDESTRUCTIBLE FIRMEZA EN LA ADVERSIDAD, MI INFLEXIBILIDAD Y MI AUDACIA, ¿SON YA EL ESPÍRITU, EN LA PLENA ACEPCIÓN DE LA PALABRA, YA QUE NO PUEDE EL MUNDO NADA CONTRA ELLAS? SI FUERA ASÍ, EL ESPÍRITU ESTARÍA TODAVÍA EN OPOSICIÓN CON EL MUNDO Y TODO SU PODER SE LIMITARÍA A NO SOMETERSE A ÉL.

¡NO! EN TANTO QUE NO SE OCUPA EXCLUSIVAMENTE DE SÍ MISMO, EN TANTO QUE NO TIENE ÚNICAMENTE QUE HACER CON SU MUNDO, CON EL MUNDO ESPIRITUAL, LO ESPIRITUAL NO ES TODAVÍA EL «ESPÍRITU LIBRE»; SI NO SOLAMENTE EL «ESPÍRITU DE ESTE MUNDO», ENCADENADO A ESTE MUNDO.

EL ESPÍRITU NO ES ESPÍRITU LIBRE, ES DECIR, REALMENTE ESPÍRITU, MÁS QUE EN EL MUNDO QUE LE ES PROPIO; AQUÍ ABAJO, EN *ESTE* MUNDO TERRENAL ES SIEMPRE UN EXTRAÑO. SÓLO EN UN MUNDO ESPIRITUAL EL ESPÍRITU SE COMPLETA Y TOMA POSESIÓN DE SÍ [...].

PERO ¿DÓNDE ENCONTRARÁ ESE DOMINIO ESPIRITUAL? ¿DÓNDE SINO EN SÍ MISMO? EL TIENE QUE MOSTRARSE Y LAS PALABRAS QUE EXPRESA, LAS REVELACIONES EN LAS QUE SE MANIFIESTA, ÉSAS SON SU MUNDO.

COMO EL SOÑADOR NO VIVE SINO EN EL MUNDO FANTÁSTICO QUE CREA SU IMAGINACIÓN, [...] ASÍ EL ESPÍRITU DEBE CREAR «SU» MUNDO DE ESPÍRITUS. Y MIENTRAS NO LO CREE, NO ES ESPÍRITU; EN ELLOS SE RECONOCE COMO SU CREADOR; ÉL VIVE EN ELLOS, ELLOS SON SU MUNDO.

¿QUÉ ES, ENTONCES, EL ESPÍRITU? EL ESPÍRITU ES EL CREADOR DE UN MUNDO ESPIRITUAL. SE RECONOCE SU PRESENCIA EN NOSOTROS SÓLO CUANDO SE COMPRUEBA QUE NOS HEMOS APROPIADO DE ALGO ESPIRITUAL, ES DECIR, DE PENSAMIENTOS:

que estos pensamientos nos hayan sido sugeridos, poco importa, con tal que nosotros les hayamos dado vida. Pues, de niños, los pensamientos más edificantes carecían de toda eficacia en la medida en que no podíamos recrearlos en Nosotros.

Así, también el Espíritu no existe más que cuando crea algo espiritual y su existencia resulta de su unión con lo espiritual, creación suya.

En sus obras lo reconocemos, entonces ¿qué son esas obras? Las obras, los hijos del Espíritu, son otros Espíritus, otros fantasmas.

[...]

Si alguien te dijera que eres todo Espíritu, te tocarías y no le creerías, pero responderías:

> «*Tengo, realmente, Espíritu; sin embargo, no existo únicamente como Espíritu: soy un hombre de carne y hueso*».

Además, siempre te distinguirías de tu «espíritu». Pero —contesta el otro— es tu destino, aunque seas todavía el prisionero de un cuerpo, llegar a ser algún día «espíritu bienaventurado»; y si puedes imaginarte el aspecto futuro de ese Espíritu, es igualmente cierto que en la muerte abandonarás ese cuerpo, y que lo que guardes para la eternidad será tu Espíritu.

Por consiguiente, lo que tienes de verdadero y de eterno, es el Espíritu; el cuerpo no es más que tu morada en este mundo, morada que puedes abandonar y quizá cambiar por otra.

¡Ahora estas convencido! Por el momento, en realidad no eres un puro Espíritu, pero cuando hayas emigrado de este cuerpo mortal, podrás salir del paso sin él;

así, es necesario que tomes tus precauciones y que cuides a tiempo tu yo real:

> *¿De qué le servirá al hombre conquistar el universo, si con ello daña su alma?*

Pero dudas graves han aparecido en el transcurso del tiempo contra los dogmas cristianos, y te han despojado de tu fe en la inmortalidad de tu espíritu,

pero una cosa sigue en pie: estás siempre firmemente convencido de que el Espíritu es lo mejor que tienes y que lo espiritual tiene más ventaja que todo lo demás.

Cualquiera que sea tu ateísmo compartes con los creyentes en la inmortalidad su pasión contra el egoísmo.

Entonces, ¿qué entiendes por «egoísta»? Un hombre que en lugar de vivir para una idea, es decir, para alguna cosa espiritual, y sacrificar a esta idea su interés personal, sirve, al contrario, a este último.

Un buen patriota, por ejemplo, lleva su ofrenda al altar de la patria, y que la patria sea una pura idea no ofrece duda alguna, porque no hay ni patria ni patriotismo para los animales o para los niños, carentes todavía de espíritu.

El que no da muestras de patriotismo, aparece frente a la patria como egoísta. [...]

Ese es el motivo de tu desprecio por el egoísta, porque él subordina lo espiritual a lo personal, y sólo piensa en sí mismo, cuando preferirías verle actuar por el amor de una idea. Lo que los distingue es que mientras tú pones por encima de todo a tu Espíritu, él pone por encima de todo a sí mismo; en otros términos, que tú divides tu persona y colocas tu «propio yo» —el espíritu— en soberano del resto —que no tiene valor—, mientras que él no quiere saber nada de esa división y persigue, según su placer, sus propios intereses, tanto espirituales como materiales.

Crees no levantarte más que contra los que no conciben ningún interés espiritual, pero de hecho persigues a todos los que no consideran esos intereses espirituales como los «verdaderos y supremos» intereses. Llevas tan lejos tu actitud de caballero, siervo de este ideal, que llegas a decir que es la única belleza existente en el mundo. No es para ti para quien vives, sino para tu Espíritu y para lo que es del Espíritu, es decir, para las Ideas.

Puesto que el Espíritu no existe sino en tanto que creador espiritual, intentemos, entonces, descubrir su primera creación. De ésta se sigue, naturalmente, una generación indefinida de creaciones;

como en el mito, bastó que los primeros humanos fuesen creados para que la raza se multiplicase espontáneamente. Esta primera creación debe originarse de la «nada», es decir, que el Espíritu, para realizarla no dispone más que de sí mismo; más aún, ni siquiera dispone todavía de él, pero debe crearse.

El Espíritu es, entonces, él mismo, su primera creación.

Por místico que esto parezca, en realidad se trata de una experiencia cotidiana. ¿Se es pensador antes de haber pensado? Sólo por el hecho de crear el primer pensamiento, se crea el pensador, porque no se piensa en tanto que no se ha tenido un pensamiento. ¿No es cantar lo que te hace cantor, hablar lo que te hace un hablante? Igualmente es la primera producción espiritual lo que hace de Ti un Espíritu.

Si te distingues del pensador y del cantor, deberías distinguirte igualmente del Espíritu y sentirte claramente algo distinto que el Espíritu. Así como el yo pensante pierde fácilmente la vista y el oído en su entusiasmo por pensar, así también el entusiasmo espiritual te domina y ahora aspiras con todas tus fuerzas a hacerte todo Espíritu y a fundirte en el Espíritu.

El Espíritu es tu ideal, lo inaccesible, el más allá; tú llamas al espíritu Dios: «¡Dios es el espíritu!» Te domina el fanatismo contra todo lo que no es espíritu, y te enfureces contra lo que no tienes de espiritual. En lugar de decir: «Yo soy más que espíritu», dices con culpa:

> *«Yo soy menos que Espíritu. El espíritu, el puro espíritu no puedo más que imaginarlo, pero yo no lo soy, es otro, y a ese otro lo llamo Dios».*

El espíritu, para existir como puro espíritu, debe ser, necesariamente, un más allá; porque como yo no lo soy, entonces tiene que ser fuera de mí.

Y en tanto que ningún ser humano puede abarcar completamente la noción de «espíritu», el espíritu puro, el espíritu en sí, sólo puede estar fuera de los hombres, más allá del mundo humano, en un mundo no terrenal, sino celestial.

Esta discordia entre el yo y el espíritu, porque «yo» y «espíritu» no son dos nombres que se den a una misma cosa, sino dos nombres diferentes para dos cosas diferentes, dado que yo no soy el espíritu y el espíritu no soy yo, eso sólo basta para demostrar completamente, de manera tautológica, la necesidad de que el espíritu habite en el más allá, es decir, que sea Dios.

De eso también se deduce la base totalmente teológica sobre la que Feuerbach[7] construye la solución liberadora que quiere hacernos aceptar. El nos dice:

> *En otro tiempo ignoramos nuestra esencia, y por ello la buscamos en el más allá; pero ahora, que comprendemos que Dios no es más que nuestra esencia humana, tenemos que reconocer esta última como nuestra y trasladarla nuevamente del otro mundo a este mundo.*

A ese Dios que es espíritu, Feuerbach lo llama «nuestra esencia». ¿Podemos aceptar esa división entre «nuestra esencia» y nosotros, y admitir nuestra división entre en un yo esencial y uno que no lo es?

¿No nos condenamos de este modo a vernos de nuevo desterrados de nosotros mismos?

¿Qué ganamos al convertir lo divino exterior en un divino interior? ¿Somos nosotros lo que está en nosotros? No más que lo que está fuera de nosotros.

Precisamente porque no somos el espíritu que está en nosotros, estamos obligados a buscar ese espíritu fuera de nosotros: no podemos darle otra existencia que la que está fuera de nosotros, más allá de nosotros, en el «más allá».

Feuerbach se aferra como desesperado a todo el contenido del cristianismo, no para echarlo abajo, sino para apoderarse de él, para arrancar del cielo, en un último esfuerzo, ese ideal tan deseado, pero nunca alcanzado, y guardarlo eternamente para él.

¿No es eso un supremo esfuerzo, una acción desesperada sobre la vida y la muerte, y no es al mismo tiempo la última convulsión del espíritu cristiano sediento del más allá?

¡El héroe no intenta llegar al cielo, sino atraerlo a él, forzarlo a hacerse terrestre! ¿Y qué grita el mundo entero desde ese día? ¿Qué es lo que se reclama, consciente o inconscientemente? ¡Que este mundo es el que importa, que el cielo venga a la tierra y que se pueda disfrutar aquí mismo!

> *[…] «El ser del hombre es para el hombre el ser supremo. A este ser supremo la religión lo llama Dios, y hace de él un ser objetivo; pero se trata en realidad del propio ser del hombre;*

Y estamos en un punto de inflexión de la Historia Universal, porque desde ahora, para el hombre, no es Dios, sino el Hombre el que encarna la divinidad».[8]

Nosotros respondemos: el Ser Supremo es el ser o la esencia del hombre, de acuerdo; pero precisamente porque esta esencia suprema es su «esencia» y no él mismo, es totalmente indiferente que la veamos fuera de él y la llamemos «Dios», o que la veamos dentro y lo llamemos «la esencia del hombre» u «Hombre».

Yo no soy ni Dios ni el hombre, yo no soy ni la esencia suprema ni mi esencia, y en el fondo, da lo mismo que conciba la esencia fuera o dentro de mí.

Más aún; siempre se concibió la esencia suprema en este doble más allá, trascendencia interior y trascendencia exterior; porque, según la doctrina cristiana, el «espíritu de Dios» es también «nuestro espíritu» y «habita en nosotros».[9] Vive en el cielo y vive en nosotros; nosotros no somos más que su morada.

Si Feuerbach destruye su morada celestial, y lo obliga a venir a instalarse en nosotros con todas sus pertenencias, nos veremos, nosotros, en tanto su alojamiento terrestre, singularmente atestados.

Los poseídos de la verdad

Los creyentes sinceros y padres de la Iglesia no sospechaban que, con la fe en los espectros, desaparecía, también, la base misma de la religión, y que, desde ese instante, ella permanecería flotando en el aire.

Quien no cree en ningún fantasma, tiene que ser consecuente consigo mismo para que su incredulidad le conduzca a advertir que detrás de las cosas no se oculta ningún ser separado, ningún fantasma o —tomando una palabra que en sentido ingenuo se considera sinónima— ningún «Espíritu».

¡Existen Espíritus! Contempla el mundo que te rodea, y dime si detrás de todo, no se adivina un Espíritu.

A través de la flor, la hermosa flor, te habla el Espíritu Creador que le dio su bella forma, las estrellas anuncian al Espíritu que ordena su marcha por los cielos, un Espíritu sublime sopla hacia abajo desde la cima de los montes, el Espíritu de la melancolía y del deseo murmura bajo las aguas y desde los hombres hablan millones de Espíritus.

Que los montes se hundan en el abismo, que se marchiten las flores y las estrellas se reduzcan a polvo, que mueran los hombres. ¿Qué sobrevive a la ruina de esos cuerpos visibles? ¡El Espíritu, el «invisible», que es eterno!

Sí, todo en este mundo está encantado. Más aún, este mundo mismo está encantado, máscara engañosa, es la forma errante de un Espíritu, es un fantasma. ¿Qué es un fantasma sino un cuerpo aparente pero un espíritu real?

Así es el mundo, vano, nulo, una ilusoria apariencia sin otra realidad que el Espíritu. Es la apariencia corpórea de un Espíritu.

Se mira alrededor y en la lejanía, por todas partes nos rodea un mundo de fantasmas, estamos asediados por visiones. Todo lo que se nos aparece no es más que el reflejo del espíritu que lo habita, una aparición espectral; el mundo entero no es más que una fantasmagoría, tras la cual se agita el Espíritu. Vemos espíritus.

¿Pretendes compararte con los antiguos, que veían dioses por todas partes? Los dioses, mi querido Moderno, no son Espíritus; los dioses no reducen el mundo a una apariencia y no lo espiritualizan.

A tus ojos, el mundo entero está espiritualizado, ha venido a ser un enigmático fantasma, por eso no te sorprende tampoco hallar en ti más que un fantasma.

¿No se aparece tu espíritu a tu cuerpo y no es él lo verdadero, lo real, mientras que tu cuerpo es una mera apariencia, algo perecedero y carente de valor? ¿No somos todos espectros, pobres seres atormentados que esperan la redención? ¿No somos Espíritus?

Desde que el Espíritu apareció en el mundo, desde que «el Verbo se ha hecho carne», ese mundo espiritualizado no es más que una casa encantada, un fantasma.

Se tiene un espíritu porque se tienen pensa-

mientos. Pero ¿qué son esos pensamientos? —Seres espirituales— ¿No son, entonces, cosas? No, sino el Espíritu de las cosas, lo que tienen de más íntimo, de más esencial, su Idea.

Lo que piensas, ¿no es simplemente tu pensamiento? Al contrario, es lo que hay de más real, lo propiamente verdadero en el mundo: es la verdad misma. Cuando pienso correctamente, pienso la «verdad».

Es cierto, puedo engañarme acerca de la Verdad, puedo no comprenderla, pero cuando mi comprensión es verdadera, el objeto de mi comprensión es la «verdad».

¿De este modo, entonces, quieres conocer la Verdad?

> *La Verdad es sagrada para mí. Puede suceder que encuentre una verdad imperfecta que tenga que reemplazar por otra mejor, pero no puedo suprimir la Verdad. Yo creo en la Verdad y por eso la busco; pues nada la supera y es eterna.*

¡Sagrada y eterna, la Verdad es lo Sagrado y lo Eterno! Pero tú, que te llenas de esa santidad y haces de ella tu guía, serás santificado. Lo sagrado no se manifiesta jamás a tus sentidos; y por ello nunca descubres su huella. No se revela más que a tu fe, o más precisamente, a tu espíritu, porque ella misma es algo espiritual, un Espíritu; es Espíritu para el Espíritu.

No se suprime lo Sagrado con tanta facilidad como parecen creerlo muchos que todavía rechazan esta palabra impropia. Cualquiera que sea el punto de vista bajo el que se me acuse de egoísmo, se sobreentiende siempre que se tiene en mente a algún Otro al que Yo debería servir antes que a mí mismo, a quien yo debería considerar más importante que a todo lo demás; en resumen, un «algo» en el que hallaría mi bien, una cosa «sagrada».

Que ese «algo sagrado» sea, por otra parte, tan humano como se quiera, que sea lo humano mismo, no quita nada de su carácter, como mucho se convierte ese sagrado supraterrenal en un sagrado terrenal, de divino a humano.

Lo sagrado existe sólo para el egoísta que no se reconoce como tal, para el egoísta involuntario. Me refiero al que, incapaz de traspasar los límites de su yo, no lo considera, sin embargo, como el ser supremo; no sirve más que a sí mismo, creyendo servir a un ser superior y que no conociendo nada superior a sí mismo, sueña, sin embargo, con alguna cosa superior.

En resumen, es el egoísta que quisiera no ser egoísta, que se humilla y que combate su egoísmo, pero que no se humilla más que para ser elevado, es decir, para satisfacer su egoísmo. No quiere ser egoísta, y por eso busca en el cielo y la tierra algún ser superior al que pueda ofrecer sus servicios y sus sacrificios. Pero, por más que se esfuerza y mortifica, no lo hace en definitiva más que por amor a sí mismo y el egoísmo, el odioso egoísmo no se separa de él. He aquí por qué lo llamo egoísta involuntario.

Todos sus esfuerzos y todas sus preocupaciones para separarse de sí mismo no son más que el esfuerzo mal comprendido de disolverse a sí mismo.

Si estás encadenado a lo que hiciste en el pasado y si tienes que parlotear por lo que hiciste ayer, no puedes transformarte a ti mismo en cada instante.[10] Entonces te sientes atrapado por las cadenas de la esclavitud y paralizado. Por esto, en cada instante de tu existencia brilla un instante futuro que te llama, y tú, en tu desarrollo, te separas de ti, de tu Yo actual. Lo que Tú eres en cada instante es tu propia creación y no debes separarte de esta creación, tú, su creador. Eres un ser superior a ti mismo, tú que te superas a ti mismo.[11]

Como egoísta involuntario, ignoras que eres el que es superior a ti, es decir, que no eres meramente una criatura, sino, a su vez, Tu creador. Por ello, el *ser superior* es para ti un ser extraño. Todo ser superior, como la Verdad, la Humanidad, etc., es un ser que está por encima de nosotros.

La ajenidad es una característica de lo «Sagrado». En todo lo sagrado existe algo misterioso, o sea, extraño, algo que nos incomoda.

Lo que para mí es sagrado, no me es «propio» y si, por ejemplo, la propiedad de otro no me fuera sagrada, la consideraría mía y me la apropiaría en cuanto tuviera la mejor ocasión.

Por el contrario, si el rostro del emperador

chino fuese sagrado para mí, por ello sería extraño a mis ojos y bajaría la mirada ante su presencia.

¿Por qué no considero sagrada una verdad matemática, indiscutible, que podría llamarse eterna, en el sentido habitual de la palabra? Porque no es revelada, no es la revelación de un ser superior. Entender únicamente por reveladas las verdades religiosas, sería absolutamente erróneo, sería desconocer por completo el significado del concepto «ser superior».

Los ateos se ríen de ese ser superior al que se rinde culto bajo el nombre de «altísimo» o «être suprême» y reducen a polvo, una tras otra, todas las pruebas de su existencia, sin notar que ellos mismos obedecen así a su necesidad de un ser superior y que no destruyen al antiguo sino para dejar lugar a otro nuevo.

¿No es el «Hombre» una esencia más elevada que el individuo? ¿Y las verdades, derechos e ideas que se deducen de su concepto no deberían ser veneradas y mantenidas como sagradas, en tanto revelaciones de este concepto?

Porque, aunque elimináramos una y otra vez las verdades manifestadas por este concepto, esto sólo pondría de manifiesto una falta de comprensión de parte nuestra, sin afectar por ello a este concepto, ni desacralizar aquellas verdades que «justamente» deben ser vistas como sus revelaciones.

«El hombre» está por encima de cada individuo; y, aun así, a pesar de ser su esencia, no es de hecho su esencia (que debería ser única, como el único), sino una más general y más elevada, si es, para los ateos, «el ser supremo».

Y, así como las revelaciones de Dios no fueron escritas por él, con su propia mano, sino hechas públicas a través de «los instrumentos del Señor», así, el nuevo «ser supremo» no escribe sus revelaciones por sí mismo, sino a través de «hombres verdaderos».

Pero el nuevo ser deja ver, de hecho, una idea más espiritual que el viejo dios; ya que este último se presentó con una especie de figura o cuerpo, mientras que el nuevo, en cambio recibe una espiritualidad perfecta y no se le atribuye ningún tipo de cuerpo material.

Sin embargo, no le falta corporeidad, e incluso adopta una apariencia más seductora, al parecer más natural y mundano, ya que consiste en, nada más y nada menos, en cada hombre físico y también en la «humanidad» y en «todos los hombres». De este modo lo espectral de un espíritu con un cuerpo imaginario, se ha convertido en algo compacto y popular.

Sagrada es, entonces, la más alta de las esencias y todo aquello en lo cual se revela o se manifiesta a sí misma, y también sagrados los que reconocen a ese ser supremo en su propio ser, es decir, en sus manifestaciones.

Lo que es sagrado santifica a su vez a su adorador, quien por su culto se convierte él mismo en sagrado; y del mismo modo santifica todo lo que hace: santo comercio, santos pensamientos, santas acciones, santas aspiraciones, etc.

El objeto que debe ser honrado como ser supremo, ya se sabe que no puede ser discutido con sentido, a menos que los adversarios más encarnizados estén de acuerdo sobre un punto esencial, y admitan la existencia de un Ser Supremo al que se dirigen nuestro culto y nuestros sacrificios.

Si uno sonriera compasivo ante la lucha por «el ser supremo», tal como el cristiano ante la discusión entre un chiíta y un sunita, o entre un brahmán y un budista, será porque para él la hipótesis de un Ser Supremo es nula, y toda disputa al respecto inútil.

Ya sea el Ser Supremo el Dios único en tres personas, el Dios de Lutero, el «être suprême» del deísta, o el «Hombre», todo es lo mismo para el que niega directamente al Ser Supremo.

Ustedes, los que sirven a un ser supremo, cualquiera que sea, son gente piadosa, tanto el ateo más frenético como el más ferviente cristiano.

Los fantasmas superiores

El ser enigmático e incomprensible que encanta y perturba al universo, es el fantasma misterioso que llamamos Ser Supremo. Penetrar ese fantasma, comprenderlo, descubrir la realidad que existe en él (probar la exis-

tencia de Dios) es la tarea a la que los hombres se han dedicado durante siglos. Se han torturado en la empresa imposible y atroz [...] de convertir el fantasma en un no-fantasma, lo no-real en real, el Espíritu en una persona corporal —con esto se atormentaron a sí mismos hasta la muerte. Tras el mundo existente buscaron la cosa en sí, el ser, la esencia. Tras las cosas buscaron la no-cosa.

Cuando se examina a fondo el menor fenómeno, buscando su esencia, se descubre en ella frecuentemente otra cosa muy distinta a su ser aparente. Un corazón mentiroso, discursos pomposos y pensamientos mezquinos, etc.

Y por lo mismo que se hace resaltar la esencia, se reduce lo aparente, hasta entonces mal comprendido, a una mera apariencia, un engaño. La esencia de este mundo, tan atractiva y espléndida, es, para el que busca en sus profundidades, la vanidad, la vanidad es la esencia del mundo [...].

Ahora, quien es religioso no se ocupa de la apariencia engañosa, de los vanos fenómenos, sino que busca la Esencia y cuando tiene esa Esencia, tiene la Verdad.

Las Esencias que se manifiestan bajo ciertos aspectos son las malas Esencias, las que se manifiestan bajo otros son las buenas.

La Esencia del sentimiento humano, por ejemplo, es el Amor; la Esencia de la voluntad humana, el Bien; la Esencia del pensamiento es lo Verdadero, etc.

Lo que al principio se considera existencia, como el mundo y lo que a él se refiere, aparece ahora como una pura ilusión, y lo que existe verdaderamente es la Esencia, cuyo reino se llena de dioses, de espíritus y de demonios, es decir, de buenas y de malas esencias.

Desde entonces, este mundo invertido, el mundo de las Esencias, es el único que existe verdaderamente. El corazón humano puede carecer de amor, pero su esencia existe: el Dios que es el Amor; el pensamiento humano puede extraviarse en el error, pero su esencia, la Verdad, no por ello existe menos: Dios es la verdad.

No conocer y no reconocer más que a las Esencias, es lo propio de la religión; su reino es un reino de Esencias, de fantasmas, de espectros.

La obsesión de hacer palpable el fantasma, o de realizar el absurdo, ha llevado a producir un fantasma corporal, un fantasma o un espíritu provisto de un cuerpo real, un fantasma hecho carne.

¡Cuánto se han martirizado los grandes genios del cristianismo para aprehender esa apariencia fantasmagórica!

Pero, a pesar de sus esfuerzos, la contradicción de dos naturalezas sigue siendo irreductible: por un lado la divina, por el otro, la humana; de una parte el fantasma, de la otra el cuerpo sensible; así se mantiene el más extraordinario de los fantasmas: una cosa que no es una cosa.

Quien se martirizaba el alma no era todavía un Espíritu; y ningún chamán de los que se torturan hasta el delirio furioso y el frenesí para exorcizar un espíritu, ha experimentado las angustias que esa apariencia inaprensible produjo a los cristianos.

Fue Cristo quien sacó a luz esta verdad: que el verdadero Espíritu, el fantasma por excelencia es el hombre. El Espíritu corpóreo es el hombre, su propia esencia y lo aparente de su esencia, a su vez, su existencia y su ser.

Desde entonces el hombre, en general, no huye de los espectros que están fuera de él, sino de él mismo; es para sí mismo un objeto de espanto.

En el fondo de su pecho habita el Espíritu del Pecado; el pensamiento más suave (y este pensamiento mismo es un Espíritu) puede ser un diablo, etc. El fantasma se ha corporificado, el Dios se ha hecho hombre, pero el hombre se convierte en el aterrador fantasma que él mismo persigue, trata de conjurar, averiguar, transformar en realidad y en verbo; el hombre es Espíritu.

Que el cuerpo se reseque, con tal que el Espíritu se salve. Todo depende del Espíritu y toda la atención se centra en la salvación del Espíritu o del alma. [...]

Tú no eres para mí un ser superior, y yo no lo soy para ti. Puede suceder sin embargo, que cada uno de nosotros oculte un ser superior que exija de nosotros un respeto mutuo. Así,

para tomar como ejemplo lo que hay en nosotros de más general, en nosotros vive «el Hombre».

Si yo no viese al Hombre en Ti, ¿qué te tendría que respetar? En verdad, tú no eres el hombre, no eres su verdadera y adecuada figura, no eres más que la envoltura perecedera que el Hombre presenta por algunas horas, y que puede abandonar sin dejar de ser él mismo.

Sin embargo, ese ser general y superior, vive por el momento en ti. Así me apareces tú (cuya forma pasajera ha revestido un Espíritu inmortal). Tú en quien un Espíritu se manifiesta sin estar ligado ni a tu cuerpo ni a esta forma de aparición, como un fantasma. Por ello no te considero como un ser superior y no respeto en ti más que el ser superior que albergas, es decir, el Hombre.

Los antiguos no tenían, desde este punto de vista, ningún respeto para sus esclavos, porque no los consideraban como el ser superior que honramos hoy con el nombre de Hombre. Para remediarlo, ellos descubrían en los demás otros fantasmas, otros espíritus. El Pueblo es un ser superior al individuo, es el Espíritu del pueblo. A este Espíritu honraban los antiguos y el individuo no tenía más importancia para ellos que la de estar a su servicio o al de un Espíritu semejante: el Espíritu de Familia.

Por amor a este ser superior, al Pueblo, se concedía algún valor a cada ciudadano. Del mismo modo que tú estás santificado a nuestros ojos por el Hombre que se manifiesta en ti como un fantasma, así también se estaba en aquel tiempo santificado por tal o cual otro ser superior: el Pueblo, la Familia, etc.

Si yo te doy atenciones y cuidados, es porque te quiero, es porque encuentro en ti el alimento de mi corazón, la satisfacción de mi deseo; si te amo, no es por amor a un ser superior de quien seas la encarnación consagrada, no es porque vea en ti a un fantasma y adivine un Espíritu; Te amo por el goce; es a ti a quien amo porque tu esencia no es nada superior, no es ni más elevado ni más general que tú; es única como tú mismo, porque tú lo eres.

No sólo el hombre es un fantasma; todo está hechizado. El ser superior, el Espíritu que se agita en todas las cosas, no está ligado a nada y no hace más que aparecer en las cosas. ¡Fantasmas en todos los rincones!

Este sería el lugar de hacer desfilar a esos fantasmas, pero tendremos ocasión más adelante de evocarlos de nuevo, para verlos desvanecerse ante el egoísmo. Podemos, pues, limitarnos a citar algunos como ejemplo para poner de manifiesto la actitud que adoptamos hacia ellos.

Sagrado ante todo es el Espíritu Santo; luego, la Verdad, el Rey, la Ley, el Bien, la Majestad, el Honor, el Orden, la Patria, etc.

La piedad o la moralidad

¡Hombre, tu cerebro está desquiciado! ¡Tienes alucinaciones! Te imaginas grandes cosas y te forjas todo un mundo de divinidades que existe para ti, un reino de Espíritus al que estás destinado, un Ideal que te llama. ¡Tienes la idea fija!

[…] ¿A qué se llama, en efecto, una idea fija? A una idea a la que está sometido el hombre. Si se reconoce tal idea como una locura, se encerrará a su esclavo en un manicomio.

Pero ¿qué son la verdad religiosa, de la que no puede dudarse, la majestad (la del pueblo, por ejemplo), que no puede atacarse (se cometería entonces un delito de lesa majestad), la virtud, a la que el censor de la moralidad no tolera el menor ataque? ¿No son otras tantas ideas obsesivas?

¿Y qué es, por ejemplo, ese loco palabrerío que llena la mayor parte de nuestros periódicos, sino el lenguaje de locos, a quienes hechiza una idea obsesiva de legalidad, de moralidad, de cristianismo, etc., locos que no parecen estar libres más que por el tamaño del patio en que tienen sus recreos?

Que se intente convencer a tal loco acerca de su manía e inmediatamente habrá que protegerse el espinazo contra su maldad; […]

Roban primero las armas, roban la libertad de palabra y luego se arrojan sobre nosotros con las uñas. Cada día muestra mejor la cobardía y la rabia de esos maniáticos, y el pueblo imbécil les regala sus aplausos. […]

Que un pobre loco alimente en su celda la ilusión de que es Dios Padre, el Emperador del Japón o el Espíritu Santo, o un buen bur-

gués se imagine que está llamado por su destino a ser buen cristiano, fiel protestante, ciudadano leal, hombre virtuoso, es exactamente la misma idea fija. El que no se ha arriesgado jamás a no ser ni buen cristiano, ni fiel protestante, ni ciudadano leal, ni hombre virtuoso, está atrapado y confundido en la fe, en la virtud, etc.

Así como los escolásticos no filosofaban más que dentro de los límites de la fe de la Iglesia, (y el Papa Benedicto XIV escribió voluminosos tomos dentro de los límites de la superstición papista), sin que la menor duda desflorase su creencia; así también, los escritores amontonan volúmenes sobre volúmenes tratando del Estado, sin poner jamás en tela de juicio la idea fija del Estado;

y nuestros periódicos rebosan de política, porque están poseídos por la ilusión de que el hombre está hecho para ser un «zoón polítikon».

Y los súbditos vegetan en su servidumbre, las personas virtuosas en la virtud, los liberales en «la humanidad», sin atacar jamás su idea obsesiva con el escalpelo de la crítica.

Esos ídolos permanecen inquebrantables sobre sus anchos pies, como las manías de un loco, y el que los pone en duda juega con los vasos sagrados del altar. Digámoslo una vez más: ¡Una idea obsesiva es lo verdaderamente sagrado!

¿Tropezamos siempre con poseídos del diablo, o encontramos también usualmente poseídos de especies contrarias, poseídos por el Bien, la Virtud, la Moral, la Ley o cualquier otro principio?

Las posesiones diabólicas no son las únicas: si el diablo nos tira por una manga, Dios nos tira por la otra, por un lado la tentación, por otro la gracia, pero cualquiera que sea la que opere, los poseídos no están menos encarnizados en su opinión.

¿La palabra «posesión» es desagradable? Digámosle obsesión. O bien, ya que es el Espíritu el que los posee y les sugiere todo, llámesele inspiración, entusiasmo.

Yo agrego que el entusiasmo en su plenitud, porque no puede tratarse de entusiasmo pobre o a medias, se llama fanatismo.

El «fanatismo» es particularmente propio de las personas cultas, porque la cultura de un hombre está en relación con el interés que adquiere por las cosas del Espíritu, y este interés espiritual, si es fuerte, no es ni puede ser menos que fanatismo; es un interés fanático por lo que es sagrado (*fanum*). [...]

Que se pregunte cómo se conduce hoy un hombre moral que cree haber acabado con Dios, y que rechaza el cristianismo como algo gastado. Que se le pregunte si alguna vez se le ha ocurrido poner en duda que las relaciones carnales entre hermano y hermana sean incesto, que la monogamia sea la verdadera ley del matrimonio, que la piedad sea un deber sagrado, etc.

Se sentirá lleno de un virtuoso horror por la idea de que pudiese tratar a su hermana como mujer, etc. ¿Y de dónde proviene ese horror? De que cree en una ley moral. Esta fe está sólidamente anclada en él.

Cualquiera que sea la vivacidad con que se levanta contra la piedad de los cristianos, él es igualmente cristiano en cuanto a la moralidad. Por su lado moral, el cristianismo lo tiene encadenado, y encadenado en la fe.

La monogamia debe ser algo sagrado, y el bigamo será castigado como un criminal; el que se entregue al incesto, cargará con el peso de su crimen.[12] [...] Incesto, monogamia, ¿no son otros tantos dogmas?

Que se lo trate de rozar y se descubrirá en este hombre moral el fondo de un inquisidor que envidiarían Krummacher o Felipe II. Estos defendían la autoridad religiosa de la Iglesia, él defiende la autoridad moral del Estado, las leyes morales sobre las que el Estado reposa;

tanto uno como el otro condenan en nombre de artículos de fe: a cualquiera que actúe de modo perjudicial para la fe que ellos defienden se le aplicará la deshonra debida a su crimen y se le enviará a pudrirse en una casa de corrección, en el fondo de un calabozo. La creencia moral no es menos fanática que la religiosa.

¿Y se llama libertad de conciencia a que un hermano y una hermana sean arrojados a una prisión en nombre de un principio que su conciencia había rechazado?

—*¡Pero daban un ejemplo detestable!*—

Claro que sí, porque podía suceder que otros descubrieran, gracias a ellos, que el Estado

no tiene que mezclarse en sus relaciones,

> *¿Y qué sería de la pureza de las costumbres?*

¡Santidad divina!, gritan los celosos defensores de la fe. ¡Virtud sagrada!, gritan los apóstoles de la moral.

Los que se mueven por intereses sagrados se parecen muy poco. ¡Cuánto se diferencian los ortodoxos estrictos o los viejos creyentes de los combatientes por la verdad, la luz y el derecho, de los Filaletos, de los amigos de la luz, etc.! Y, sin embargo, nada esencial, fundamental, los separa.

Si se ataca a tal o cual de las viejas verdades tradicionales (el milagro, el derecho divino), los más ilustrados aplauden y los viejos creyentes son los únicos que se lamentan. Pero si se ataca a la verdad misma, inmediatamente todos se vuelven creyentes o se nos vienen encima.

Lo mismo ocurre con las cosas de la moral: los creyentes son intolerantes, los cerebros ilustrados, se precian de ser más laxos; pero si a alguno se le ocurre tocar a la moral misma, todos hacen inmediatamente causa común contra él. Verdad, moral, derecho, son y deben permanecer sagrados.

Lo que se halla de censurable en el cristianismo, sólo puede haberse introducido en él equívocamente, y no es cristianismo, dicen los más liberales; el cristianismo debe quedar por encima de toda discusión, es la base inmutable que nadie puede conmover.

El herético contra la creencia pura no está ya expuesto, es cierto, a la persecución de otros tiempos, pero ésta se ha vuelto contra el herético que roza la moral pura.

Desde hace un siglo, la piedad ha sufrido tantos asaltos, ha oído tan a menudo reprochar a su esencia sobrehumana el ser simplemente inhumana, que no dan tentaciones de atacarla. Y, sin embargo, si se han presentado adversarios para combatirla, fue, casi siempre, en nombre de la moral misma, para destronar al ser supremo.

Así, Proudhon[13] no duda en decir:

> *«Los hombres están destinados a vivir sin religión, pero la moral es eterna y absoluta». […]*

Si mostramos que la religión está lejos de ser mortalmente herida, en tanto que se limiten a criticar su esencia sobrenatural, y que ella apela en última instancia, al Espíritu (porque Dios es el Espíritu), habremos hecho ver lo suficiente su acuerdo final con la moralidad para que nos sea permitido dejarles en su interminable discusión.

Ya se hable de la religión o de la moral, se trata siempre de un Ser Supremo; que este Ser Supremo sea sobrehumano o humano, poco me importa; es en todo caso un ser superior a mí, un «supermío».

Ya se trate la esencia humana o el Hombre, no habrá hecho más que dejar la piel de reptil de la vieja religión para revestir una nueva piel religiosa.

Feuerbach nos enseña que desde el momento en que uno invierte la filosofía especulativa, es decir, que se hace sistemáticamente del predicado el sujeto, y recíprocamente del sujeto el objeto y el principio, se posee la verdad desnuda y sin velos.[14]

Sin duda, abandonando así el punto de vista estrecho de la religión, abandonamos al Dios que en este punto de vista es sujeto; pero no hacemos más que trocarlo por la otra faz del punto de vista religioso: lo moral.

No decimos ya, por ejemplo, Dios es el amor, pero sí que el amor es divino; e incluso si reemplazamos el predicado divino por su equivalente sagrado permanecemos siempre en el punto de partida; no hemos dado ni un paso.

El amor sigue siendo para el hombre igualmente el bien, aquello que lo diviniza, que lo hace respetable, su verdadera humanidad (lo que hace de él un hombre). O, para expresarnos más exactamente, el amor es lo que hay de verdaderamente humano en el hombre y lo que hay en él de inhumano es el egoísta sin amor.

Pero precisamente todo lo que el cristianismo, y con él la filosofía especulativa, es decir, la teología, nos presenta como el bien, no es en realidad el Bien (o, lo que viene a ser lo mismo, no es más que el bien);

de modo que esta transmutación del predicado en sujeto no hace sino afirmar más sólidamente todavía el ser cristiano (el predicado mismo contiene ya la esencia).

El Dios y lo divino me atrapan más indisolublemente aún. Haber desalojado al Dios de su

cielo y haberlo arrebatado a la trascendencia no justifica en modo alguno sus pretensiones de una victoria definitiva, en tanto que no se haga más que rechazarlo dentro del corazón humano y dotarlo de una indesarraigable inmanencia. Desde ahora se dice: ¡lo divino es lo verdaderamente humano!

Quienes rehúsan ver en el cristianismo el fundamento del Estado y que se sublevan contra toda fórmula tal como Estado cristiano, cristianismo de Estado, etc., no se cansan de repetir que la moralidad es «la base de la vida social y del Estado».

¡Como si el reinado de la moralidad no fuese la dominación absoluta de lo sagrado, una jerarquía!

Respecto de esto puede recordarse el intento de explicación que se quiso oponer a la antigua doctrina de los teólogos. Según estos últimos, bastaría con la fe para aprehender las verdades religiosas, Dios se revelaría sólo a los creyentes; lo que es lo mismo que decir que sólo el corazón, el sentimiento y la fantasía devota son religiosos.

A esta afirmación se le respondió que la «inteligencia natural», la razón humana, son igualmente aptas para conocer a Dios (extraña pretensión de la razón, dicho sea de paso, el querer rivalizar en fantasía con la fantasía misma).

En este sentido escribió Reimarus sus *Principales verdades de la Religión Natural*. Consideró al hombre, en su totalidad, tendiendo a la religión por todas sus facultades: corazón, sentimiento, inteligencia, razón, sentir, saber, querer; todo en el hombre le pareció religioso. ¡Hegel mostró bien que incluso la filosofía es religiosa!

¿Y no se adorna todo hoy en día con el nombre de religión? La «religión del amor», la «religión de la libertad», la «religión política», en resumen, todo entusiasmo. Y así es, de hecho.

Hoy todavía utilizamos esa palabra de origen latino «religión», que por su etimología expresa la idea de lazo. Y atados estamos, en efecto, y así permaneceremos en tanto que estemos impregnados de religión.

¿Pero el espíritu también está atado? Al contrario, el espíritu es libre; es el único dueño, no es nuestro espíritu, es el espíritu absoluto.

Así, la verdadera traducción afirmativa de la palabra religión sería «la libertad espiritual».

Aquel cuyo espíritu es libre, es por eso mismo religioso, como el que da rienda suelta a sus apetitos es sensual; al primero lo ata el espíritu, al segundo, la carne.

Enlace, dependencia, *religio*, eso es la religión con respecto a mí; yo estoy ligado; libertad, esa es la religión con respecto al espíritu; él es libre, goza de la libertad espiritual.

¡Cuántos conocen, por haberlo sufrido, el mal que puede hacernos el abandonarnos a nuestros sentidos, a nuestras pasiones!

Pero lo que no se quiere ver es que el Espíritu Puro, la radiante espiritualidad, el entusiasmo por los ideales, puede hundirnos en una angustia mayor que lo que lo haría la más negra maldad. Y esto es imposible notarlo a menos que se sea conscientemente egoísta.

Reimarus, y todos los que como él demostraron que nuestra razón, tanto como nuestro corazón, etc., conducen a Dios, mostraron al mismo tiempo que estamos total y completamente poseídos.

Seguramente perjudicaron a los teólogos, quitándoles el monopolio de la iluminación religiosa; pero no por esto dejaron de ensanchar otro tanto los dominios de la religión y de la libertad espiritual.

En efecto, si por espíritu se entiende no solamente el sentimiento o la fe, sino todas las manifestaciones del espíritu, inteligencia, razón y pensamiento en general; y si se le permite, en tanto que inteligencia, participar de las verdades espirituales y celestiales; en ese caso es el espíritu entero el que se eleva a la pura espiritualidad y es libre.

Partiendo de estas premisas la moralidad estaba autorizada a enfrentarse absolutamente con la piedad.

Esta oposición nació, revolucionariamente, bajo la forma de un odio ardiente contra todo lo que pareciera un mandato (orden, decreto, etc.) y contra la odiada persona del «señor absoluto».

Se afirmó luego como doctrina y encontró

primero su forma en el liberalismo, del que la «burguesía constitucional» es la primera expresión histórica y eclipsó a las potencias religiosas propiamente dichas. [...]

Al no derivar ya la moralidad simplemente de la piedad, sino teniendo sus raíces propias, el principio de la moral no se deriva de los mandamientos divinos, sino de las leyes de la razón;

para que aquellos mandamientos mantengan su validez, se necesita primero que su valor haya sido comprobado por la razón y que sea apoyado por ella.

Las leyes de la razón son la expresión del hombre mismo, para que el Hombre sea racional y la esencia del Hombre implique necesariamente esas leyes.

Piedad y moralidad difieren en que la primera reconoce a Dios y la segunda al hombre por legisladores.

El humanismo y su desinterés

Desde un aspecto muy diferente se ve la moral cuando, consciente de su dignidad, toma por única regla su principio, la esencia humana o «el hombre».

Los que llegan a colocar decididamente el problema en ese terreno rompen para siempre con la religión; no hay ya lugar para su Dios cerca de su Hombre;

además, como prescinden del Estado, aniquilan al mismo tiempo toda «moralidad» procedente del solo Estado, y se privan, por consiguiente, de invocar nunca ni aun su nombre.

La que estos críticos designan con el nombre de moralidad se aparta definitivamente de la moral llamada «burguesa o política», y debe parecer a los hombres de Estado y a los burgueses un «libertinaje desenfrenado».

Sin embargo, esta nueva concepción de la moralidad no tiene nada de nuevo e inédito; no hace más que adaptarse al progreso realizado en la «pureza del principio».

Este último, lavado de la mancha de adulterio con el principio religioso, se precisa y alcanza su plena expansión, convirtiéndose en «la humanidad».

Por ello no hay que extrañarse de ver conservar ese nombre de moralidad al lado de otros como libertad, humanidad, conciencia, etc., contentándose con añadir, cuando más, el epíteto «libre». La moral se hace «moral libre», como el Estado burgués, aunque trastornado de arriba abajo, viene a ser «Estado libre» o aun «Sociedad libre», sin dejar de ser una la moral y el otro el Estado.

Siendo la moral en adelante puramente humana y completamente separada de la religión, de la que históricamente ha salido, nada se opone a que se convierta ella misma una religión.

En efecto: la religión no difiere de la moral, sino por cuanto nuestras relaciones con el mundo de los hombres están reguladas y santificadas por nuestras relaciones con un ser sobrehumano, y no obramos más que por «amor de Dios».

Pero tiene que admitirse que «el Hombre es para el hombre el ser supremo», y toda diferencia se borra, la moral deja su rango subalterno, se completa, se hace absoluta y se convierte en religión.

El Hombre, ser superior, hasta aquí subordinado a un Ser Supremo, se eleva a la altura absoluta, y nosotros somos en nuestras relaciones con El lo que somos a los pies de un ser supremo, religiosos.

Moralidad y piedad se vuelven así tan perfectamente sinónimas como en los comienzos del Cristianismo. Si lo sagrado no es ya «santo» sino «humano», es simplemente porque el Ser Supremo ha cambiado, y el hombre ha tomado el puesto de Dios.

La victoria de la moralidad conduce simplemente a un cambio de dinastía.

Destruida la fe, Feuerbach cree encontrar un asilo en el amor.

> *«La primera y la suprema ley debe ser el amor del hombre por el hombre. Homo homini Deus est; tal es la máxima práctica más elevada; por ella está cambiada la faz del mundo».*[15]

Pero no ha cambiado, propiamente hablando, más que el Dios, *Deus*; el amor permanece; se adoraba al dios sobrehumano, se adora ahora al dios humano, al *Homo qui est Deus*.

El Hombre es para mí sagrado, y todo lo que es «verdaderamente humano» es para mí sagrado.

> *«El matrimonio es por sí mismo sagrado; lo mismo todas las relaciones de la vida moral; la amistad, la propiedad, el matrimonio, los bienes de cada cual, son y deben ser sagrados en ellos y por ellos mismos».*[16]

¿Es un sacerdote el que habla? ¿Cuál es su Dios? ¡El Hombre! ¿Qué es lo divino? ¡Es lo humano!

El predicado no hizo más, en definitiva, que tomar el lugar del sujeto; la proposición «Dios es el amor» se convierte en «el amor es divino»; si se sigue aplicando el procedimiento: «Dios se ha hecho hombre», da: «el hombre se ha hecho Dios», etc… —y ahí se tiene una nueva religión.

> *«Todos los fenómenos de la vida moral que constituyen las costumbres, no son morales, no toman una significación moral más que si tienen en sí mismos (sin que la bendición del sacerdote los consagre) un valor religioso».*[17]

El sentido de la proposición de Feuerbach, «la teología es una antropología», se precisa y se reduce a: «la religión debe ser una ética, la ética es la única religión».

Feuerbach se contenta con poner al revés el orden del predicado y del sujeto […]. Como él mismo lo dice:

> *«El amor no es sagrado (y no ha pasado nunca por sagrado a los ojos de los hombres), porque es un predicado de Dios, pero es un predicado de Dios porque es por sí mismo y para sí mismo divino».*[18]

¿Por qué, pues, no declara la guerra a los predicados mismos, al amor y a toda sacrosantidad? ¿Cómo puede vanagloriarse de apartar a los hombres de Dios si les deja lo divino?

Y si, como dice, lo esencial para ellos no ha sido nunca Dios, sino sólo sus predicados, ¿para qué quitarles la palabra si se les deja la cosa?

Proclama, por otra parte, que su objeto es

> *«destruir una ilusión» […] «que ha falseado tanto al hombre, que el amor mismo, su sentimiento más íntimo y más verdadero, ha venido a ser, por el hecho de la religiosidad, vano e ilusorio, ya que el amor religioso no ama al hombre sino por amor de Dios; es decir, ama, en apariencia, al hombre, y en realidad ama a Dios».*[19]

¿Pero sucede de otro modo con el amor moral? ¿Se fija en el hombre, en tal o cual hombre en particular, por amor a él, a ese hombre, o por amor a la moralidad, al Hombre en general, y, en definitiva —puesto que *Homo homini Deus*— por amor de Dios?

La manía se manifiesta aún bajo otra multitud de formas; es necesario enumerar aquí algunas.

Imaginan decir una gran cosa quienes suponen el desinterés en el corazón del hombre. ¿Qué entienden por eso? Alguna cosa muy cercana a la negación de sí. ¿De sí? ¿De quién, entonces? ¿Quién será el negado y qué interés habrá abandonado?

Parece que debes ser tú. ¿Y a favor de quién se te recomienda esa abnegación desinteresada? De nuevo, en tu provecho, en tu beneficio, simplemente a condición de perseguir por desinterés tu interés verdadero.

Debes beneficiarte a ti, pero no buscar tu beneficio.

Se consideran bienhechores de la humanidad a quienes, como Francke, el creador de las casas de huérfanos, u O'Connell, el infatigable defensor de la causa irlandesa, llevan a cabo actos que parecen desinteresados.

De la misma manera se considera al fanático, como San Bonifacio, que expone su vida por la conversión de los paganos; a Robespierre, que todo lo sacrifica a la virtud, o a Korner, que muere por su Dios, su rey y su patria. Su desinterés es algo admitido.

Por ello, los adversarios de O'Connell, por ejemplo, se esforzaban en presentarlo como un hombre codicioso (a lo que su fortuna daba alguna verosimilitud); porque sabían bien que si llegaban a hacer sospechoso su desinterés, les sería fácil quitarle sus partidarios.

Todo lo que podían probar era que O'Connell tenía otro objetivo que el que confesaba. Pero ya buscase una ventaja pecuniaria o a la libertad de su pueblo, es en todo caso evidente que perseguía un objetivo; en un caso como en el otro tenía un interés egoísta; sólo ocurrió que su interés nacional también era útil a otros, un interés general.

¿No existe el desinterés, ni puede encontrarse jamás? ¡Al contrario, nada es más común! Incluso se podría llamar al desinterés un artículo de moda del mundo civilizado y se le tiene por tan necesario que, si resulta demasiado caro, se le intenta dar un brillo falso, aparentarlo.

¿Dónde empieza el desinterés? Precisamente en el instante en que un objetivo deja de ser nuestro objetivo y nuestra propiedad y en que dejamos de disponer de él a nuestro gusto, como propietarios, cuando ese objetivo se convierte en un objeto fijo o una idea obsesiva y comienza a inspirarnos, a entusiasmarnos, a fanatizarnos; en resumen, cuando se convierte en nuestro dueño.

No se es desinteresado mientras se tiene el objetivo dominado; se llega a serlo cuando se grita, como los poseídos:

Yo soy así, no puedo evitarlo.

Se tiene un interés sagrado cuando se tiene por él una preocupación sagrada.

Yo no soy desinteresado mientras el objetivo sea mío, en tanto lo ponga perpetuamente en cuestión en lugar de convertirme en el instrumento ciego de su cumplimiento.

No por esto mi preocupación tiene que ser menor que la del más fanático, pero ante mi objetivo soy frío, incrédulo, su enemigo acérrimo, sigo siendo su juez, porque soy su propietario.

El desinterés crece allí donde reina la obsesión, tanto en las posesiones del diablo como en las del buen Espíritu; en el primero, vicio, locura, etc.; en el segundo, resignación, humildad, etc.

[...]

«Axioma, principio, punto de apoyo moral», distintas formas bajo las que se expresa la idea fija.

Arquímedes pedía para levantar la tierra un punto de apoyo fuera de ella. Es ese punto de apoyo el que los hombres han buscado sin cesar y que cada cual ha tomado donde lo ha encontrado y como lo ha encontrado.

Este punto de apoyo extraño es el mundo del espíritu, el mundo de las ideas, de los pensamientos, de los conceptos, de las esencias, etc., es el cielo.

Sobre el cielo se apoya uno para conmover la tierra, y desde el cielo se inclina para contemplar las agitaciones terrestres y despreciarlas.

Asegurarse el cielo, asegurarse sólidamente y para siempre el punto de apoyo celeste, ¡cuánto ha penado por eso la dolorosa e incansable humanidad!

El cristianismo se ha propuesto librarnos del determinismo de la naturaleza y de la fatalidad de los apetitos. Su objeto era, pues, que el hombre no se dejase ya determinar por sus deseos y sus pasiones, lo que no implica que el hombre no deba tener deseos, pasiones, etc., sino que no debe dejarse poseer por ellos, que no deben ser en su vida factores fijos, incoercibles e ineludibles.

Pero lo que el cristianismo (la religión) ha maquinado contra los apetitos, ¿no estaríamos en el derecho de resolverlo contra el espíritu (pensamientos, representaciones, ideas, creencia, etcétera), por el cual pretende que seamos determinados? ¿No podríamos exigir que el espíritu, las representaciones, las ideas, no pudiesen ya determinarnos, cesaran de ser fijas y fuera de alcance, o, dicho de otro modo, «sagradas»?

Eso tendría por efecto libertarnos del espíritu, desligarnos del yugo de las representaciones y de las ideas.

El cristianismo decía: «Tenemos, sí, apetitos, pero esos apetitos no deben poseernos». Nosotros le respondemos: «Debemos, sí, poseer un espíritu, pero el espíritu no debe poseernos».

Si esta última frase no ofrece desde luego un sentido satisfactorio, que se reflexione sobre el caso de aquel en quien, por ejemplo, un pensamiento se convierte en «máxima», de tal modo, que se hace prisionero a sí mismo; no es ya él el que posee la máxima, es más bien ella la que lo posee. Y él, en cambio, posee en esa máxima un «sólido punto de apoyo».

Las lecciones del catecismo se convierten poco a poco, sin que uno lo advierta, en axiomas que no permiten ya la menor duda; sus pensamientos o su espíritu vienen a ser omnipotentes, y ninguna protesta de la carne prevalecerá ya contra ellos.

No puedo, sin embargo, sino por la carne, sacudir la tiranía del espíritu, porque sólo cuando un hombre comprende también su

carne, se comprende enteramente; y sólo cuando se comprende enteramente, es inteligente o razonable.

El cristiano no ve la miseria de su naturaleza esclavizada, la «humildad» es su vida; por eso no murmura contra la iniquidad cuando su persona es víctima de ella: se cree satisfecho con la «libertad espiritual».

Pero si la carne levanta la voz, y si su tono es como debe serlo, «apasionado», «inconveniente», «mal intencionado», «malicioso», etcétera, el cristiano cree oír voces diabólicas, voces contra el espíritu (porque la decencia, la ausencia de pasión, las buenas intenciones, etc., son espíritu); truena contra ellas, y con razón: no sería cristiano si las escuchara sin sublevarse.

No obedeciendo más que a la moralidad, estigmatiza la inmoralidad; no obedeciendo más que a la legalidad, amordaza, ahoga la voz de la anarquía; el espíritu de moralidad y de legalidad, señor inflexible e inexorable, lo tiene cautivo.

Eso es lo que llaman la «realeza del espíritu», y es al mismo tiempo el punto de apoyo del espíritu.

La conciencia de lo sagrado

Si opongo la espontaneidad de la inspiración a la pasividad de la sugestión y lo que nos es propio a lo que nos es dado, no estaría bien responderme que, dependiendo todo de todo, y formando el Universo un todo solidario, nada de lo que somos o de lo que tenemos está, por consiguiente, aislado, sino que nos viene de las influencias que nos rodean y, en resumen, nos es dado.

La objeción resultaría falsa, porque hay una gran diferencia entre los sentimientos y los pensamientos que me son sugeridos por lo ajeno y los sentimientos y los pensamientos que me son dados, porque Dios, Inmortalidad, Libertad, Humanidad, pertenecen a estos últimos: se nos inculcan desde la infancia y hunden sus raíces en nosotros más o menos profundamente.

Pero, ya nos gobiernen sin que lo advirtamos, o crezcan y se hagan el punto de partida de sistemas o de obras de arte, no dejan de ser sentimientos dados y no sugeridos, porque creemos en ellos, y se nos imponen.

Que exista un absoluto y que ese absoluto pueda ser percibido, sentido y pensado, es un artículo de fe para los que consagran sus veladas a penetrarlo y definirlo.

El sentimiento de lo absoluto es para ellos algo dado, el texto sobre el cual toda su actividad se limita a bordar las cosas más diversas. [...]

La diferencia existe, entonces, entre los sentimientos que nos son dados y aquellos que las circunstancias exteriores nos sugieren.

Estos últimos son propios, son egoístas, porque no nos han sido inculcados e impuestos en cuanto sentimientos; los primeros, por el contrario, nos fueron dados, los cuidamos como una herencia, los cultivamos y nos poseen.

¿Quién no se ha dado cuenta, consciente o inconscientemente, de que toda nuestra educación consiste en injertar en nuestro cerebro ciertos sentimientos en lugar de dejarnos a nosotros mismos su elaboración, cualquiera que fuese su resultado?

Cuando oímos el nombre de Dios, debemos experimentar temor, cuando se pronuncia ante nosotros el nombre de Su Majestad el Príncipe, debemos sentirnos penetrados de respeto, de veneración y de sumisión, si se nos habla de moralidad, debemos entender alguna cosa inviolable, si se nos habla del mal o de los malvados, no podemos evitar temblar, y así sucesivamente.

Esos sentimientos son obligatorios y quien, por ejemplo, se divierta con el relato de las hazañas de malvados, debería ser azotado y castigado para dirigirlo por el buen camino. Rellenos de sentimientos ajenos, llegamos a la mayoría de edad y podemos ser emancipados. Nuestro equipo consiste en sentimientos elevados, pensamientos sublimes, máximas edificantes, principios eternos, etc.

Los jóvenes son mayores cuando murmuran como los viejos; se les empuja a las escuelas para que en ellas aprendan los viejos estribillos, y cuando los saben de memoria llega la hora de la emancipación.

No nos está permitido experimentar, con cada objeto y con cada nombre que se presentan a nosotros, el primer sentimiento que sobrevenga; el nombre de Dios no debe despertar en nosotros imágenes risibles o senti-

mientos irrespetuosos; lo que debemos pensar de él y lo que debemos sentir está trazado y prescrito de antemano.

Ese es el sentido de lo que se llama cura[20] de almas; mi alma y mi espíritu deben estar moldeados según lo que conviene a los demás y no según lo que pueda convenirme a mí mismo.

¡Cuánto esfuerzo le cuesta a uno adquirir un sentimiento propio y reírse en la cara del que espere de nosotros una mirada santa y una actitud respetuosa ante sus discursos!

Lo que nos es dado nos es ajeno, no nos pertenece como propio y por eso es sagrado y nos resulta difícil despojarnos de la santa emoción que nos inspira.

[...]

Ante lo que es sagrado, pierde uno todo sentimiento de su poder; se siente uno impotente y se humilla.

Nada, sin embargo, es por sí mismo sagrado; yo sólo consagro; lo que canoniza es mi pensamiento, mi juicio, mis genuflexiones; en una palabra, mi conciencia.

Es sagrado lo que es inaccesible al egoísta, lo que está sustraído a sus ataques, fuera de su poder, es decir, por encima de él; en una palabra, sagrado es todo asunto de conciencia.

«Es para mí un asunto de conciencia», no significa nada más que «yo tengo eso por sagrado».

Para los niños pequeños, como para los animales, nada es sagrado, porque para elevarse a nociones de ese género la inteligencia debe haberse desarrollado bastante como para ser capaz de distinciones tales como «bueno y malo, permitido y prohibido», etc.;

sólo es en ese grado de reflexión o de comprensión, grado al que corresponde precisamente el punto de vista de la religión, cuando el temor natural puede dar lugar a la veneración (ésta no natural, porque no tiene raíces más que en el pensamiento), y al «terror sagrado».

Es preciso para eso que uno tenga alguna cosa exterior a sí, más poderosa, más grande, más autorizada, mejor que uno mismo;

en otros términos, es preciso que uno sienta cernirse sobre su cabeza un poder extraño, y que no sólo se experimente ese poder, sino que se le reconozca formalmente, se le acepte, se someta uno a él, se entregue uno a él atado de pies y manos (resignación, humildad, sumisión, obediencia, etc.)

Aquí desfilan como otros tantos fantasmas, toda la colección de las «virtudes cristianas».

Lo que inspira respeto o veneración, merece ser llamado sagrado; ustedes mismos sienten un «santo terror» cuando hablan de ello.

Y un estremecimiento análogo les provoca lo contrario de lo sagrado (el cadalso, el crimen, etcétera), porque eso también encubre un «algo» inquietante, ajeno y extraño.

> *«¡Si no hubiese nada sagrado para el hombre, estaría abierta de par en par la puerta al capricho, a lo arbitrario y a una subjetividad ilimitada!»*

El temor es, ciertamente, un comienzo; puede uno bien hacerse temer del hombre más grosero, y eso es ya un dique que oponer a su insolencia. Pero en el fondo de todo temor se cobija siempre la tentativa de liberarse del objeto de este temor por sutileza, astucia, engaño, etcétera.

Algo muy diferente ocurre con la veneración: venerar, no es solamente temer, es, además, honrar; el objeto del miedo se convierte en una potencia interior a la que yo no puedo sustraerme; lo que yo honro me toma, me liga, me posee; el respeto con el que pago me pone completamente en su poder y no me deja liberarme; me adhiero a ello con toda la energía de la fe, creo. El objeto de mi temor y yo, somos uno; «no soy yo el que vivo, sino que lo que yo respeto vive en mí».

Además, siendo el espíritu infinito, nada para él puede tener fin, queda forzosamente estacionario: teme las decadencias, las disoluciones, la vejez y la muerte, no sabe ya deshacerse de su niño Jesús; sus ojos, que el eterno deslumbra, se hacen incapaces de reconocer la grandeza propia de las cosas que pasan.

El objeto de temor, convertido en objeto de culto, es en adelante inviolable. El respeto se hace eterno, el objeto del respeto se hace dios.

El hombre, desde entonces, no crea ya, aprende (estudia, examina, etc.); es decir, que toda su actividad se concentra sobre un objeto inmutable, en el cual se hunde sin retorno sobre sí mismo.

Llegará a conocerlo, a profundizarlo, a demostrarlo; pero no puede, y no intentará, analizarlo y destruirlo.

Que «El hombre debe ser religioso», es algo que no está en discusión; toda la cuestión está en saber cómo se llegará a ser religioso, cuál es el verdadero sentido de la religiosidad, etc.

Muy distinto es si se pone de nuevo en cuestión el axioma mismo y si se duda de él con riesgo de tener, finalmente, que rechazarlo.

La moralidad es también una de esas concepciones sagradas; «se debe ser moral»; ¿cómo ser moral? ¿cuál es la verdadera manera de serlo? Uno no se arriesga a preguntar si, por ejemplo, la moralidad misma no sería una ilusión, un espejismo, ella queda, por encima de toda duda, inmutable.

Y así se suben todas las gradas del templo, desde el «santo» hasta el «santo de los santos».

Los hombres se dividen en dos clases, los cultos y los incultos. Los primeros, en la medida en que eran dignos de su nombre, se ocupaban con los pensamientos, con el Espíritu, y como durante la era post-cristiana, que tuvo el pensamiento por principio, eran los amos, exigieron de todos la más respetuosa sumisión a los pensamientos reconocidos por ellos.

Estado, Emperador, Iglesia, Dios, Moralidad, Orden, etc., son pensamientos o espíritus que únicamente existen para el Espíritu. Un ser simplemente vivo, un animal, se preocupa por ellos tan poco como un niño.

Pero los incultos no son en realidad más que niños y el que no piensa más que en satisfacer las necesidades de su vida, es indiferente a todos los fantasmas;

pero por otra parte, al carecer de fuerza contra ellos, acaba por ser dominado por pensamientos y caer bajo su poder. Ese es el sentido de la jerarquía.

¡La jerarquía es la dominación del pensamiento, el dominio del Espíritu!

Hemos sido jerárquicos hasta ahora, oprimidos por quienes se apoyan en pensamientos. Los pensamientos son lo sagrado.

Pero a cada instante el culto choca con el inculto, y a la inversa, no sólo entre dos personas, sino en un solo y mismo hombre.

Porque ningún culto es tan culto que no encuentre algún placer en las cosas, portándose en ese caso como un inculto, y ningún inculto carece totalmente de pensamientos.

Hegel pone en evidencia la ardiente ansiedad por las cosas en el hombre precisamente más culto, y su rechazo de toda teoría hueca. De este modo la realidad, el mundo de las cosas, debe corresponder completamente al pensamiento, y no puede haber ningún concepto sin realidad.

Eso es lo que ha hecho llamar objetivo al sistema de Hegel, por encima de toda otra doctrina, porque el pensamiento y el objeto, lo ideal y lo real celebraban en él su unión.

Este sistema no es sin embargo, más que el momento culminante del pensamiento, su despotismo más extremo, su poder absoluto; es el triunfo del Espíritu y con El el triunfo de la filosofía. La filosofía no puede elevarse más alto, pues su culminación es la omnipotencia del Espíritu, su absolutismo.[21]

Los hombres espirituales se han metido algo en la cabeza que debe ser realizado. Tienen las nociones de Amor, de Bien, etc. que desearían ver realizadas.

Quieren, en efecto, fundar sobre la tierra un reino, en el que nadie actuará más por interés egoísta, sino por Amor. El Amor debe dominar.

El sacrificio del sacerdocio

El que vive para una gran idea, para una buena causa, para una doctrina, un sistema, una misión sublime, no debe dejarse rozar por ninguna codicia terrestre, debe despojarse de todo interés egoísta.

Esto nos eleva a la noción del sacerdocio, al que también se podría, teniendo en cuenta su papel pedagógico, calificar de *dominismo*, porque un ideal no es más que un *dominismo* o docentismo.

La vocación del sacerdote lo llama a vivir exclusivamente para la idea, a no obrar sino en atención a la idea, a la buena causa;

así el pueblo siente cuan mal cae en las gentes del clero descubrir un orgullo mundano, no ser insensibles a la buena mesa, entregarse a placeres como el baile y el juego; en una palabra, interesarse en lo que no es un interés «sagrado».

[…]

No nos faltan catálogos de esas ideas sagradas, una o varias de las cuales debe mirar el hombre como su misión. Familia, patria, ciencia, etcétera, pueden encontrar en mí un servidor fiel para cumplir sus deberes.

Chocamos aquí con el antiguo error del mundo, que no ha aprendido aún a pasarse sin sacerdocio;

vivir y obrar para una idea, es siempre, aun para el hombre, una vocación; y por la fidelidad con la que se consagra a ella, se mide su valor humano.

[…]

El vendedor de arenques que pregona en este momento su mercancía bajo mi ventana, tiene un interés personal en venderla bien, y aunque su mujer haga votos por la prosperidad de su pequeño comercio, su interés no deja de ser completamente personal.

Pero si un ladrón le roba la canasta, inmediatamente va a despertarse el interés de varios, del gran número, de toda la ciudad, de todo el país, en suma, de todos los que aborrecen el robo;

la persona de nuestro vendedor pasa a segundo término y se borra ante la categoría de «robado».

Todavía aquí, todo se reduce en definitiva a un interés personal; si todos los que compadecen el infortunio del robado creen que deben aplaudir el castigo del ladrón, es porque si el robo quedara impune, podría generalizarse y todos podrían a su vez ser las víctimas.

Muchos, sin embargo, no tienen conciencia de tal cálculo, y con frecuencia se oye decir que el ladrón es un «criminal». Tenemos ante nosotros un fallo ejecutorio que califica el robo y lo coloca en la clase de los «crímenes».

El problema que se presenta ahora es este: en el supuesto de que un crimen no causara el menor perjuicio ni a mí, ni a cualquiera que me interese, debería, sin embargo, desplegar todo mi celo en combatirlo. ¿Por qué? Porque la moralidad me inspira, porque estoy lleno de la idea de moralidad y debo oponerme a todo lo que la hiere.

Porque el robo le parece *a priori* abominable, Proudhon cree deshonrar la propiedad diciendo que «la propiedad es el robo». A los ojos de los sacerdotes, el robo es siempre un crimen, o cuando menos un delito.

Aquí acaba el interés personal. Esa persona determinada que ha robado la canasta del vendedor me es a mí, personalmente, por completo indiferente; lo que me interesa es únicamente el ladrón, la especie de que esa persona es un ejemplar.

Ladrón y Hombre son en mi espíritu dos términos inconciliables, porque uno no es verdaderamente Hombre cuando es ladrón; robando envilece en sí al hombre o a «la humanidad».

Salimos del interés personal para caer en la filantropía. Esta es generalmente tan mal comprendida que se cree ver en ella un amor por los hombres, por cada individuo en particular, cuando no es más que el amor del Hombre, del concepto abstracto e irreal, del fantasma. […]

No le hablen de solicitud por mí, por ti, por nosotros; eso entra en el capítulo del «amor mundano». La filantropía es un amor celeste, espiritual, clerical. Lo que necesita es hacer florecer en nosotros al Hombre, aun cuando nosotros, pobres diablos, tuviéramos que reventar. […]

Hombre, Justicia, son ideas, fantasmas, a cuyo amor todo debe ser sacrificado; por lo demás, el hombre es el sacerdote de todos los sacrificios.

El que medita en el Hombre pierde de vista a las personas a medida que se extiende su meditación; nada en pleno interés sagrado, ideal. El Hombre no es una persona, sino un ideal, un fantasma.

Se pueden prestar al hombre los atributos más diversos; si parece que el primero, el más esencial de sus atributos es la piedad, el sacerdocio religioso se eleva; si parece que la moralidad le es ante todo necesaria, el sacerdocio moral alza la cabeza.

Los espíritus jerárquicos de nuestros días querrían hacer de todo una «religión»; tenemos ya una «religión de la libertad», una «religión de la igualdad», etc., y ellos están en vías de hacer una «causa sagrada» de todas las ideas;

oiremos un día hablar de una religión de la burguesía, de la política, de la publicidad, de la libertad de la prensa, del tribunal superior, etc.

Dicho esto, ¿qué es, pues, el «desinterés»? Ser desinteresado es no tener más que un interés ideal, ante el cual se borra toda consideración hacia las personas de carne y hueso.

El orgullo del hombre práctico se subleva contra esta manera de ver. Pero desde hace miles de años se ha trabajado tan bien en domarlo, que hoy debe encorvar su cabeza rebelde y «adorar la potencia superior»; el sacerdote ha vencido. [...]

¿Cómo sucede, pues, que el egoísmo de los que confiesan y consultan en todo tiempo su interés personal, sucumbe fatalmente ante un interés sacerdotal o pedagógico? Su persona les parece a ellos mismos demasiado débil, demasiado insignificante (lo es, en efecto), para osar pretenderlo todo y poder realizarse enteramente.

Lo que prueba que es ciertamente así, es que se dividen ellos mismos en dos personas, una eterna y otra temporal, y no favorecen jamás sino a una con exclusión de la otra: el domingo a la eterna, el resto de la semana a la temporal; a la primera en la oración, a la segunda en el trabajo. Llevan al sacerdote en ellos, y por esto jamás se hallan en paz; se oyen interiormente predicar cada domingo.

¡Cuánto han trabajado y meditado los hombres para llegar a conciliar este dualismo de su esencia! Han amontonado idea sobre idea, principio sobre principio, sistema sobre sistema, y, a la larga, nada ha llegado a resolver la contradicción que encierra el hombre «temporal», «el egoísta».

¿No prueba eso que todas esas ideas eran impotentes para abrazar mi voluntad entera y satisfacerla? Eran y han permanecido para mí enemigas, aunque esta enemistad se haya disimulado largo tiempo. ¿Sucederá lo mismo con la individualidad? ¿No es, ella también, más que un ensayo de conciliación?

A cualquier principio que me haya dirigido, al de la razón, por ejemplo, me he visto siempre, finalmente, obligado a rechazarlo. ¿O puedo de veras ser perpetuamente razonable y arreglármelas en todas las cosas de mi vida por la razón? Puedo esforzarme en ser razonable, puedo amar la razón como puedo amar a Dios o a cualquiera otra idea. Puedo ser filósofo, ser el amante de la sabiduría, como soy el adorador de Dios. Pero el objeto de mi amor y de mis aspiraciones no existe más que en mi espíritu, en mi imaginación, en mi pensamiento; está en mi corazón, en mi cerebro; está en mí, como mi corazón está en mí; pero no es yo, y yo no soy él.

Lo que se entiende bajo el nombre de influencia moral es muy especialmente de la pertenencia de los espíritus sacerdotales.

La influencia moral comienza donde comienza la humillación; no es más que esta humillación misma, bajo la cual el orgullo, forzado a doblarse o romperse, deja el puesto a la sumisión.

Cuando yo grito a alguno que se aleje de una roca que va a volar, no ejerzo por esa advertencia ninguna influencia moral. Si digo al niño: «tendrás hambre si no quieres comer de lo que está en la mesa», no hay ahí tampoco nada que se parezca a la «influencia moral». Pero si le digo: «Hay que orar, honrar padre y madre, respetar el crucifijo, decir la verdad, etc., porque eso es humano, porque tal es el deber del hombre, o mejor todavía, la voluntad de Dios», habré ejercido sobre él una acción moral.

Gracias a esta pedagogía moral, el hombre se penetra de la misión del hombre, se hace humilde y obediente y somete su voluntad a una voluntad extraña que le es impuesta como la regla y la ley; debe inclinarse ante una superioridad: humillación voluntaria.

«El que se humilla será ensalzado».

Sí, sí, es bueno exhortar a los niños a la piedad, a la devoción, a la honradez. El hombre

bien educado es aquel a quien los buenos principios le han sido enseñados, inculcados, apuntados y embutidos a fuerza de golpes o sermones.

Si eso les parece tonto, los buenos gritarán retorciéndose las manos de desesperación:

> *«¡Pero, por amor de Dios, si no damos buenos principios a nuestros hijos, se arrojarán directamente al abismo del pecado y se harán unos pillastres!»*

¡Más despacio, profetas de desgracias! «Malos» en el sentido que ustedes le dan, ciertamente que lo llegarán a ser; pero ese sentido es, precisamente, un sentido pésimo. Los descarados no se dejarán ya imponer por sus charlatanerías y lamentaciones, ni simpatizarán ya con todos los absurdos que les hacen delirar y chochear desde tiempo inmemorial: abolirán el derecho de sucesión, rehusando las tonterías que les han legado sus padres, y extirparan el pecado original.

Si les dicen: «¡Inclínate ante el Ser Supremo!», responderán:

> *«¡Si quiere doblegarnos, que venga él mismo y lo haga, porque nosotros no nos inclinamos por nuestro gusto!»*

Y si los amenazan con su cólera y sus castigos, será como si los amenazaran con el cuco. Cuando no consigan ya inculcarles el miedo a los aparecidos, el reinado de los aparecidos tocará a su fin, y los cuentos de nodrizas no encontraran ya crédito.

Pero, ¿no son una vez más los liberales los que insisten sobre la buena educación y sobre la necesidad de mejorar la instrucción pública? ¿Cómo, por otra parte, su liberalismo, su «libertad en los límites de la ley», podría realizarse sin el socorro de la disciplina?

Si la educación, tal cual ellos la entienden, no reposa precisamente sobre el temor de Dios, apela, en cambio, más enérgicamente al respeto humano, es decir, al temor del Hombre, y encargan a la disciplina inspirar «el entusiasmo por la verdadera misión humana».

La reforma de la jerarquía

Durante largo tiempo se contentaron con la ilusión de poseer la verdad, sin que llegase a la mente de nadie preguntarse seriamente si no sería, quizá, necesario, antes de poseer la verdad, ser uno mismo verdadero. Ese tiempo fue la Edad Media.

Se figuraron poder comprender lo abstracto, lo inmaterial, por medio de la conciencia común; de esa conciencia que no tiene imperio más que sobre los objetos, es decir, sobre lo sensible y lo material. […]

Lutero, con quien acaba lo que se llama la Edad Media, fue el primero en comprender que si el hombre quiere abrazar la verdad, debe empezar por hacerse distinto del que es, y por llegar a ser tan verdadero como la verdad. El que posee ya la verdad entre sus creencias, puede tener parte en ella; es decir, que no es accesible más que al creyente, y sólo el creyente puede explorar sus profundidades. […]

Aquel cuyo pensamiento no alcanza más que lo sensible, lo positivo, lo concreto, no aprehenderá tampoco de la verdad más que su apariencia concreta; pues bien: la verdad es espíritu, fundamentalmente inmaterial, y es, por consiguiente, del imperio de la «conciencia superior», y no de la que «no está abierta más que a las cosas de la tierra».

Lutero saca a la luz ese principio de que, siendo la verdad pensamiento, no existe más que para el hombre que piensa. Y eso equivale a decir que el hombre debe simplemente colocarse, en lo sucesivo, en un punto de vista diferente, en el punto de vista celeste, creyente, científico, en el punto de vista del pensar frente a su objeto, el pensamiento, o del espíritu frente al espíritu. El igual sólo reconoce al igual. […]

Habiendo el protestantismo abatido la jerarquía de la Edad Media, pudo arraigarse la opinión de que toda jerarquía, la jerarquía en general, había sido destruida por él; y no se pudo advertir que había sido justamente una «Reforma», es decir, la renovación de la jerarquía envejecida.

Esta jerarquía de la Edad Media era enfermiza y débil, porque se había visto obligada a tolerar en torno de ella toda la barbarie de los profanos; fue precisa la Reforma para templar las fuerzas de la jerarquía y darle todo su inflexible rigor.

[…] pienso que nunca la dominación del espí-

ritu o, lo que viene a ser lo mismo, la libertad del espíritu, ha sido tan extensa y tan omnipotente como desde la Reforma, puesto que, lejos de romper con el arte, el Estado y la ciencia, el principio religioso no ha hecho más que penetrarlos, quitarles lo que les quedaba de secular, para llevarlos al «reino del espíritu» y volverlos religiosos.

Se ha comparado, no sin razón, a Lutero con Descartes, y al «el que cree, es un dios» con el «pienso, luego soy» (*cogito, ergo sum*).

El cielo del hombre es el pensar, el espíritu. Todo puede serle cercenado, salvo el pensamiento, salvo la fe. Se puede destruir una fe determinada, como la fe en Zeus, Astarté, Jehová, Alá, etc.; pero la fe misma es indestructible. Pensar es ser libre.

Aquello de lo que tengo necesidad, aquello de lo que tengo hambre, no lo espero ya de ninguna gracia, ni de la Virgen María, ni de la intercesión de los Santos, ni de la Iglesia, que ata y desata, sino que me lo dispenso yo mismo. En suma, mi ser (el *sum*) es una vida en el cielo del pensamiento, del espíritu; es un *cogitare*.

Yo mismo no soy nada más que espíritu: espíritu que piensa, dice Descartes; espíritu creyente, dice Lutero. Yo no soy lo que es mi cuerpo; mi carne puede ser atormentada de codicias y de pasiones. Yo no soy mi carne, pero soy espíritu, nada más que espíritu.

Este pensamiento atraviesa toda la historia de la Reforma hasta nuestros días.

Sólo desde Descartes, la filosofía moderna se ha aplicado seriamente a sacar todas sus conclusiones de las premisas cristianas, haciendo del conocimiento científico el único conocimiento verdadero y válido. Por eso empieza por la duda absoluta, el *dubitare*, por la humillación del saber vulgar y la negación de todo lo que no está legitimado por el espíritu, por el pensamiento.

Ella no cuenta para nada con la Naturaleza, las opiniones de los hombres y el consentimiento general; no tiene reposo, en tanto que no ha puesto en todo a la razón y en tanto que no puede decir:

> *«Lo real es lo racional, y sólo lo racional es real».*

Ha llegado así al triunfo del espíritu o de la razón, y todo es espíritu, porque todo es razonable: la Naturaleza entera, tanto como las opiniones de los hombres, hasta las más absurdas, contienen razón, «se debe hacer servir todo para su mejor fin», es decir, para el triunfo de la razón.

El *dubitare* cartesiano implica el juicio de que sólo el *cogitare*, el pensar, el espíritu, es. ¡Es una ruptura completa con el sentido «común», que concede una realidad a los objetos, independientemente de sus relaciones con la razón!

Sólo el espíritu, el pensamiento, existen. Tal es el principio de la filosofía moderna, que es el principio cristiano en toda su pureza. Descartes separaba claramente el cuerpo del espíritu; y «es el espíritu el que se fabrica un cuerpo», dice Goethe.

Pero esta misma filosofía, filosofía completamente cristiana, no se aparta de lo razonable; así se vuelve contra lo «puro subjetivo», contra los caprichos, las casualidades, lo arbitrario, etc.; quiere que lo divino se haga visible en todo, que todo conocimiento sea un reconocimiento de Dios y que el hombre contemple a Dios por todas partes; pero no hay jamás Dios sin su diablo.

No se da el título de filósofo al que, con los ojos bien abiertos a las cosas del mundo y la mirada clara y segura, expone sobre el mundo un juicio recto, si no ve en el mundo más que exactamente el mundo, en los objetos más que los solos objetos; en suma, si ve prosaicamente todo como es. Sólo es un filósofo aquel que ve, muestra y demuestra en el mundo el cielo, en lo terrestre lo supraterrestre y en lo humano lo divino:

> *«Lo que no ve la inteligencia de los inteligentes, lo ve en su sencillez un alma de niño».*[22]

Y es esta alma de niño, estos ojos para lo divino, lo que hace, ante todo, al filósofo. Los demás sólo tienen un sentido «común»; él, que ve y sabe expresar lo divino, tiene una conciencia «científica».

Por esa razón se ha excluido a Bacon del reino de los filósofos; y todo lo que se llama filosofía inglesa no parece, por otra parte, haber pasado, en lo sucesivo, de lo que

habían descubierto aquellos «cerebros lúcidos» que se llamaban Bacon y Hume. Los ingleses no han sabido magnificar la ingenuidad del alma de los niños y elevarse a la significación filosófica; no han sabido hacer con almas de niños, filósofos.

Eso equivale a decir que su filosofía fue incapaz de hacerse una filosofía teológica, una teología; y, sin embargo, sólo como teología puede alcanzar la filosofía el término de su evolución. Sobre el campo de batalla de la teología exhalará su último suspiro. Bacon no estudió las cuestiones teológicas.

El objeto del conocimiento es la vida. El pensamiento alemán, más que cualquier otro, procura alcanzar los comienzos y las fuentes de la vida, y no ve la vida más que en el conocimiento mismo.

El *cojito ergo sum*, de Descartes, significa: no se vive más que si se piensa. Vida pensadora significa «vida espiritual». El espíritu sólo vive, su vida es la verdadera vida. Lo mismo en cuanto a la Naturaleza: sus «leyes eternas», el espíritu o la razón de la Naturaleza, son toda su verdadera vida. En el hombre como en la Naturaleza, sólo el pensamiento vive, todo lo demás está muerto.

La historia del espíritu conduce necesariamente a esta abstracción, a la vida de las generalidades abstractas o de lo no viviente. Dios, que es espíritu, sólo está vivo; nada vive más que el fantasma.

¿Cómo se puede sostener que la filosofía moderna y la época moderna han llegado a la libertad, cuando no nos libran del yugo de la objetividad? ¿Acaso me habré librado de un déspota, cuando en lugar de temerlo personalmente me pongo a temer todo ataque a la veneración que imagino que le debo? Ahí, sin embargo, estamos actualmente.

El pensamiento moderno no ha hecho más que transformar los objetos existentes, el déspota real, etc., en objetos imaginarios, es decir, en ideas. ¿Y qué se hace del antiguo respeto frente a esas ideas? ¿Desaparece? Al contrario, no hace más que redoblar de fervor.

Se han burlado de Dios y del diablo bajo su forma grosera y vulgarmente real de otros tiempos, pero no ha sido más que para tomar tanto más en serio su noción abstracta. [...]

No hubo ningún escrúpulo en sublevarse contra el estado de cosas existente y derribar las leyes reinantes cuando se tomó la resolución de no dejarse ya imponer por lo actual y lo palpable; pero, ¿quién se habría permitido pecar contra la idea del Estado y no someterse a la idea de la Ley?

Se permaneció «ciudadano», se permaneció hombre «legal», leal; se creyó uno tanto más legal cuanto se abolían más racionalistamente las viejas leyes, cojas, para rendir homenaje al «espíritu de la ley». En suma, los objetos no habían hecho más que transformarse, sin perder nada de su poder y su soberanía, y se permaneció poseído; se vivió en la reflexión, hubo siempre un objeto en el cual se reflexionó, que se respetó y ante el cual se sintió uno lleno de admiración y de temor.

No se había hecho más que transmutar las cosas en imágenes o en representaciones de las cosas, en ideas, en conceptos; y se les estuvo más íntima e indisolublemente ligado.

No es difícil, por ejemplo, sustraerse a las órdenes de los padres, cerrar los oídos a los consejos de los tíos y de las tías, y a los ruegos de los hermanos y de las hermanas; pero, la obediencia así despedida, se refugia en la conciencia; cuanto menos se pliega uno a las exigencias de los suyos, porque racionalmente y en nombre de su propia razón las juzga irrazonables, tanto más escrupulosamente se adhiere, en desquite, a la piedad filial, al amor de la familia: no se perdonaría uno ya el ofender la idea que se ha formado del amor familiar y de los deberes que impone. Liberados de nuestra dependencia para con la familia existente, caemos bajo la dependencia más estrecha de la idea de la familia; el espíritu de familia se apodera de nosotros y nos domina.

La familia compuesta de Hans y de Petra, etc., no hace más que trasponerse en nosotros, interiorizarse, si se quiere; permanece siempre la «familia», pero se le aplica el antiguo precepto: «vale más obedecer a Dios que a los hombres», precepto que, en el caso presente, se traduce así:

> *yo no puedo, en verdad, doblegarme a sus absurdas exigencias, pero ustedes son mi «familia» y como tales quedan siendo, a pesar de todo, el objeto de mi amor y de mi solicitud,*

porque la familia es una noción sagrada que el individuo no puede ofender.

Y esta familia, así hecha interior e inmaterial, convertida en pensamiento y representación, pasa a ser cosa «Sacrosanta»; su despotismo se centuplica. Para que el despotismo de la familia fuese verdaderamente roto, sería preciso que esa familia ideal se convirtiese, desde luego, en una nada.

Las frases cristianas: «¿Mujer, qué tengo yo que hacer contigo?»[23] «Yo he venido para sublevar al hijo contra su padre y a la hija contra su madre»[24], y otras semejantes, deben entenderse como una apelación a la familia celeste, la verdadera familia. El Estado no dice otra cosa cuando exige que en todo conflicto entre la familia y él se obedezcan sus órdenes, las del Estado.

Pasa con la moralidad como con la familia. Muchos que no se dejan ya contener por la moral, tendrían gran trabajo en desembarazarse del concepto «Moralidad». La moralidad es la idea de la moral, su fuerza espiritual, su poder sobre las conciencias; la moral, por el contrario, es demasiado material para dominar al espíritu y no puede encadenar a un hombre «espiritual» o a un sedicente «librepensador».

Por más que haga el protestante, la «Santa Escritura», la «palabra de Dios», le sigue siendo sagrada. Aquel para quien no es ya «sagrada», ha cesado de ser un protestante. Debe, al mismo tiempo, tener por sagrado todo lo que es ordenado por ella, la autoridad instituida por Dios, etc. Todo eso permanece para él intangible, «por encima de toda especie de duda», y, por consiguiente (siendo la duda por excelencia lo propio del hombre), por encima de sí mismo.

El que no puede desatarse de ello, cree, porque creer significa estar ligado.

Por el hecho de que por el protestantismo la fe se ha hecho más interior, la servidumbre igualmente se ha hecho más interior; ha atraído uno a sí, se ha apropiado de todo lo que había de santidad en los objetos, ha impregnado sus pensamientos y sus actos, se ha hecho asuntos de conciencia y se ha trazado deberes sagrados.

Así, todo aquello de que la conciencia del protestante no puede liberarse le es sagrado, y el protestante es concienzudo; es el rasgo más saliente de su carácter.

El protestantismo ha organizado propiamente en el hombre un verdadero servicio de «policía oculta». El espía, el vigilante «conciencia», vigila cada movimiento del espíritu y todo gesto; todo pensamiento es a sus ojos un «asunto de conciencia», es decir un asunto de policía.

Los «instintos naturales» y la «conciencia» (canalla interior y policía interior), es lo que forma al protestante. La «sabiduría de la Biblia» (en lugar de la católica «sabiduría de la Iglesia») pasó por sagrada, y ese sentimiento, esa convicción de que la palabra bíblica es santa, se llama conciencia. La santidad tiene así un trono en el corazón de cada uno.

Si uno no se libera de la conciencia, de la idea de lo santo o de lo sagrado, puede, sí, obrar contra la conciencia, pero no independientemente de la conciencia; será uno inmoral, pero no amoral.

El católico puede ir en paz desde el momento en que ha cumplido los «mandamientos»; el protestante busca la perfección. El católico no es más que un laico, en tanto que todo protestante es él mismo un sacerdote. Esta clerecía universal, esta ascensión de todos al sacerdocio, es el progreso, y también la maldición, realizada por la Reforma sobre la Edad Media, esto es, la realización de lo espiritual.

[...]

Se alaba el protestantismo por haber devuelto importancia a lo temporal, como, por ejemplo, al matrimonio, al Estado, etc. Pero, en realidad, lo temporal en cuanto temporal, lo profano, le es mucho más indiferente aún que al catolicismo;

no sólo el católico deja subsistir al mundo profano, sino que no se priva de gustar los goces mundanos, en tanto que el protestante, cuando razona y es consecuente, trabaja en aniquilar lo temporal por el solo hecho de que lo santifica.

Así, el matrimonio ha perdido su ingenuidad natural haciéndose sagrado, no sagrado como lo hace el sacramento católico, que implica que es en sí mismo profano y sólo recibe de la Iglesia su consagración, sino

sagrado en el sentido protestante, sagrado por esencia, un lazo sagrado.

Lo mismo sucede con el Estado: en otro tiempo el Papa consagraba al Estado y a sus príncipes, bendiciéndolos; hoy el Estado, la Majestad, son por sí mismos sagrados, sin que previamente la mano del sacerdote haya tenido que extenderse sobre ellos.

En suma, el orden de la Naturaleza, o derecho natural, ha sido santificado bajo el nombre de «orden divino». [...] ¿Y qué es Feuerbach, sino un protestante ilustrado, cuando declara sagradas todas las relaciones morales, no en verdad como conformes a la voluntad divina, sino en razón del espíritu que habita en ellas?

> *«El matrimonio —naturalmente, en cuanto unión libre en el amor— es sagrado por sí mismo, por su naturaleza misma de contrato. El matrimonio no es religioso más que cuando es verdadero y responde a su esencia, que es el amor. Lo mismo ocurre con todas las relaciones del mundo moral; no son morales, no tienen valor bajo el punto de vista de la moralidad, sino cuando son por sí mismas religiosas. No hay verdadera amistad más que allí donde los límites de la amistad son religiosamente observados con tantos escrúpulos como el creyente pone en defender la dignidad de su Dios. Sagrados son y deben sernos la amistad, la propiedad, el matrimonio, los bienes de cada hombre, pero sagrados en sí mismos y por sí mismos».*[25]

Es ese un punto esencial sobre el cual quiero insistir. Según el catolicismo, lo mundano, lo secular, puede, sí, ser consagrado o santificado, pero no es santo sin esa bendición sacerdotal; según el protestantismo, por el contrario, lo temporal es santo por sí mismo, por el hecho de su sola existencia.

[...]

Si el protestante se esfuerza en descubrir alguna santidad en todo lo que toca a los sentidos, a la materia, para no fijarse ya después más que en su lado sagrado, el católico relega lo «material» a un dominio aparte donde conserva, como todo el resto de la naturaleza, su valor propio.

La Iglesia católica juzgó el matrimonio incompatible con el estado eclesiástico, y ha privado al clero de las alegrías de la familia; el matrimonio y la familia, aun bendecidos, siguen siendo mundanos.

La Iglesia protestante, al contrario, teniendo el matrimonio y los lazos de la familia por sagrados, hace abstracción de lo que tienen de mundano, y no ve nada en ellos que no pueda convenir a sus sacerdotes.

[...] Así el luterano Hegel (él mismo declara en algún lugar que quiere permanecer luterano) ha venido a identificar completamente el orden natural con el orden lógico. En todo está la razón, es decir, el Espíritu Santo; «lo real es racional», y lo real es, de hecho, todo, en atención a que en toda cosa, por ejemplo, en cada mentira, se puede descubrir verdad: no hay mentira absoluta, mal absoluto, etc.

Los protestantes, casi solos, han producido las «grandes obras del espíritu», porque ellos solos son los verdaderos apóstoles del espíritu.

La destrucción de las leyes

¡Qué limitado es el imperio del hombre! Debe dejar al sol seguir su camino, al mar levantar las olas, a la montaña elevarse hacia el cielo. Se ve impotente ante lo indomable. ¿Puede defenderse de la sensación de impotencia frente a este mundo titánico? El mundo es la ley inquebrantable a la que el hombre tiene que someterse, la ley que determina su destino.

¿Cuál fue el objetivo de los esfuerzos de la humanidad precristiana? Defenderse de los golpes de la suerte y escapar a sus designios. Los estoicos lo consiguieron mediante la apatía, considerando como indiferentes los ataques de la naturaleza, y no dejándose afectar por ellos. [...]

La impasibilidad de espíritu del sabio, por la que el mundo antiguo prepara su ruina, recibió una sacudida interior, que ni la ataraxia, ni el estoicismo pudieron proteger.

El Espíritu, a salvo de la influencia del mundo, insensible a sus golpes, elevado por encima de sus ataques, ese Espíritu que ya no se

asombra de nada y al que el derrumbamiento del mundo no hubiera podido conmover, vino a desbordarse irresistiblemente, distendido por los gases (espíritus, gas, vapor) nacidos en su interior; y cuando los choques mecánicos venidos de fuera llegaron a ser impotentes contra él, las reacciones químicas, excitadas en su interior, entraron en juego y empezaron a ejercer su maravillosa acción.

La historia antigua se cierra virtualmente el día en que Yo consigo hacer del mundo mi propiedad. Mi padre me ha puesto todas las cosas en mis manos.[26] El mundo deja de aplastarme con su poder, ya no es inaccesible, sagrado, divino, etc.; los dioses han muerto y yo trato al mundo tan a mi gusto, que sólo de mí dependería hacer milagros, que son obras del espíritu: yo podría derribar montañas, ordenar a esa morera que se desarraigase y fuese a arrojarse al mar[27], y todo lo que es posible, es decir, pensable. Todas las cosas son posibles al que cree.[28] Yo soy el señor del mundo, la gloria está en Mí. El mundo se ha hecho prosaico, porque lo divino desapareció de él: es mi propiedad y yo la uso como me convenga, es decir, como convenga al Espíritu.

Con la ascensión del Yo a poseedor del mundo, el egoísmo consigue su primera victoria, y una victoria decisiva; ha vencido al mundo y lo ha suprimido, confiscando en su beneficio la obra de una larga serie de siglos.

¡La primera propiedad, el primer trono, está conquistado!

Pero el señor del mundo no es todavía señor de sus pensamientos, de sus sentimientos y de su voluntad; no es el señor y propietario del Espíritu, porque el Espíritu es todavía sagrado, es el Espíritu Santo.

El cristianismo, que ha negado el mundo, no puede negar a Dios. La lucha de la antigüedad era una lucha contra el mundo, el combate de la Edad Media fue un combate contra sí mismo, contra el Espíritu. El enemigo de los antiguos había sido exterior; el de los cristianos fue interior, y el campo de batalla en el que llegaron a las manos fue la intimidad de su pensamiento, de su conciencia.

Toda la sabiduría de los antiguos es la Cosmología, toda la sabiduría de los modernos es la Teología, la ciencia de Dios.

Los paganos [...], habían acabado con el mundo: desde ahora se trata de acabar consigo mismo, con el Espíritu, y de negar el Espíritu, es decir, de negar a Dios.

Durante cerca de dos mil años nos hemos esforzado en conquistar al Espíritu Santo, y poco a poco hemos desgarrado algunos jirones de la santidad y los hemos pisoteado, pero el formidable adversario se levanta siempre de nuevo bajo otras formas u otros nombres.

El Espíritu no dejó todavía de ser divino, santo, sagrado. Hace mucho tiempo, en realidad, que no aletea por encima de nuestras cabezas como una paloma; hace mucho tiempo que no desciende sólo sobre los elegidos; se deja atrapar también por los laicos, etc.; pero en cuanto Espíritu de la humanidad, es decir, Espíritu del Hombre, permanece para cada uno de nosotros como un Espíritu ajeno, muy lejos de ser una propiedad de la que podamos disponer según nuestro antojo.

Mientras, no obstante, ocurrió un hecho que influyó visiblemente el desarrollo de la historia post-cristiana: el afán de convertir el Espíritu Santo en humano, aproximarlo a los hombres, o aproximar los hombres a él. Por ello ha sido concebido finalmente como el Espíritu de la Humanidad, y nos parece más fácil, más familiar y asequible bajo sus diversos nombres de idea de la Humanidad, Género Humano, Humanismo, filantropía, etc.

¿No se debería pensar que hoy cada uno puede poseer el Espíritu Santo, interpretar la Idea de la Humanidad y realizar en sí el Género Humano?

No, el Espíritu no ha perdido ni su santidad, ni su inviolabilidad, no nos es accesible y no es nuestra propiedad, porque el Espíritu de la Humanidad no es mi Espíritu. Puede ser mi ideal, y en cuanto yo lo pienso, lo puedo llamar mío; el pensamiento de la humanidad es mi propiedad y lo pruebo bastante por el solo hecho de que yo hago de él lo que quiero y le doy hoy una forma y mañana otra.

Nos representamos el Espíritu bajo los aspectos más diversos, pero es, sin embargo, un fideicomiso que no puedo enajenar ni tampoco puedo suprimir.

A la larga y después de muchas transformaciones, el Espíritu Santo se ha convertido en la idea absoluta, la cual a su vez, dividiéndose y subdividiéndose, dio origen a las diversas ideas de filantropía, de buen sentido, de virtud cívica, etc.

Pero ¿puedo llamar a la idea Mi propiedad cuando es la idea de la humanidad y puedo considerar al Espíritu como superado, cuando debo servirle y sacrificarme por él?

La antigüedad, al declinar, no consiguió hacer del mundo su propiedad sino una vez destruida su supremacía y su divinidad y al haber reconocido su vanidad y su impotencia.

Mi actitud frente al Espíritu es idéntica: si lo reduzco a un fantasma y rebajo el poder que ejerce sobre mí al rango de una ilusión, no parecerá ya ni santo, ni sagrado, ni divino, y yo lo usaré a él en vez de que él me use, como me sirvo de la Naturaleza, a mi gusto y sin el menor escrúpulo.

La «naturaleza de las cosas», la noción de las relaciones, deben guiarme: la naturaleza de las cosas enseña cómo debo portarme con ellas; la noción de las relaciones, me enseña a obtener conclusiones. ¡Como si la idea de una cosa existiese por sí misma!

¡Como si la relación que yo concibo no fuese única, por el hecho de que yo, que la pienso, soy único! ¿Qué importa el nombre que le den los demás?

Pero al igual que se separó la esencia del hombre del hombre real, y que se lo juzga de acuerdo a aquélla, así también se separó al hombre real de sus actos, a los que se aplica como criterio la dignidad humana.

Las ideas deben decidir sobre todo; son ideas las que gobiernan la vida, son ideas las que reinan. Este es el mundo religioso al que Hegel dio una expresión sistemática poniendo un método en el absurdo, apoyando sobre las leyes de la lógica los cimientos profundos de todo su edificio dogmático.

Las ideas nos imponen la ley, y el hombre real, es decir, Yo, estoy forzado a vivir según esas leyes de la lógica. ¿Puede haber una dominación peor? [...]

El liberalismo no hizo más que poner otras ideas sobre la mesa: reemplazó lo divino con lo humano, la Iglesia con el Estado y el fiel con el sabio; o, en general, los dogmas toscos y los aforismos anticuados por conceptos reales y leyes eternas.

Hoy no reina nada en el mundo que no sea el Espíritu. Una innumerable cantidad de ideas zumban en todos sentidos en las cabezas; y ¿qué hacen los que quieren avanzar? ¡Niegan esas ideas para poner otras en su lugar! Ellos dicen:

> *se forman una idea falsa del Derecho, del Estado, del Hombre, de la libertad, de la verdad, del honor, etc., la idea que hay que formarse del Derecho, etc., es en realidad una que proponemos nosotros.*

Así va creciendo la confusión de las ideas.

La historia del mundo fue cruel para nosotros, y el Espíritu conquistó un poder enorme. Tienes que respetar mis miserables zapatos, que podrían proteger tus pies desnudos, debes respetar mi sal, gracias a la cual tus papas estarían menos insípidas, y mi magnífica carroza, cuya posesión te pondría para siempre al abrigo de la necesidad; no puedes alargar la mano hacia todo ello. Todas esas cosas, y muchas otras más, te son ajenas, y el hombre debe reconocerlas como tales; debe tenerlas por intangibles e inaccesibles, honrarlas, respetarlas, ¡desgraciado de él si estira la mano hacia ellas, a eso lo llamamos tener las uñas largas!

¿Qué nos queda? Bien poca cosa. ¡Si se podría decir que nada! Todo se nos quita, y no podemos intentar nada de lo que no nos fue dado; si vivimos, no es más que por la clemencia del donante, que nos dio esa gracia. Ni siquiera nos permiten recoger un alfiler sin pedir permiso antes, y si no somos autorizados para ello. ¿Y autorizados por quién? ¡Por el respeto! Sólo cuando él te haya otorgado la propiedad de ese alfiler, podremos bajarnos y tomarlo.

Más todavía, no podremos tener ningún pensamiento, pronunciar ninguna sílaba, efectuar ningún acto que tenga en nosotros su sanción, en lugar de recibirla de la moralidad, de la razón o de la humanidad. ¡Feliz ingenuidad la del hombre ávido, con qué crueldad la gente intentó inmolarlo sobre el altar de la fuerza!

Y alrededor del altar se levanta una iglesia, y esa iglesia se agranda, y sus murallas se apartan cada día más. Lo que cubre la sombra de sus bóvedas es sagrado, inaccesible a tus deseos, librado de tus ataques. Con el estómago vacío, rondas al pie de esas murallas, buscando algunos restos de lo profano para apagar el hambre, y los círculos de tu carrera se ensanchan sin cesar.

Pronto esa Iglesia cubrirá la Tierra entera, y serás rechazado hasta los límites más lejanos; un paso más y el mundo de lo sagrado habrá vencido y te hundirás en el abismo.

¡Valor, entonces, paria, porque todavía queda tiempo! ¡Deja de vagar, gritando de hambre, a través de los campos segados de lo profano, arriésgalo todo y arrójate forzando las puertas en el corazón mismo del santuario! ¡Si destruyes lo sagrado, lo habrás convertido en Tu propiedad!

Referencias

[1] Espíritu es la traducción más aceptable del término alemán *Geist*, que refiere a la noción de Idea o Idea Absoluta y que es tomada por Stirner de la filosofía de Hegel. En este libro es utilizada para referirse a la razón, la racionalidad, las ideas, etc. y se enfrenta tanto a la noción de mundo «material» o «natural» como a la de «Unico» o «Yo» (N.R.).

[2] Palabra griega relacionada con la filosofía epicúrea. Es un estado anímico en el que se disciplinan las pasiones y que permite alcanzar una cierta tranquilidad de espíritu y libertad respecto de las cosas del mundo —tanto del hombre como de la naturaleza— (N.R.).

[3] Hebreos 11,13.

[4] Marcos 10,29.

[5] Palabra griega que describe una buena situación material (N.R.).

[6] Mantra védico. Stirner alude aquí al canto entonado por los hinduistas y budistas durante la meditación (N.R.).

[7] Ludwig Feuerbach, *Das wesen des Christentums*, 2a ed. aumentada, Leipzig, 1843. [La esencia del cristianismo, ed. Claridad, Buenos Aires, 2006]

[8] *Op. cit.*, p. 402.

[9] Romanos 8,9; Corintios 3,16; Job 20,22 y otros numerosos pasajes.

[10] «Cómo tocan las campanillas los curas. Lo hacen sólo / para que la gente venga y parlotee. / No me insulten a los curas; ellos saben lo que el hombre / necesita: ser feliz parloteando todos lo días». [De los *Epigramas Venecianos*, de Goethe (N.R.).]

[11] Stirner adelanta aquí un tema central del existencialismo del Siglo 20, la crítica a la concepción del hombre como una esencia anterior a la existencia. Ver *El existencialismo es un humanismo*, de J. P. Sartre (N.R.).

[12] Stirner critica lo que en el Siglo 20 tanto S. Freud como C. Levi-Strauss considerarán la regla fundamental de las sociedades (N.R.).

[13] Pierre Joseph Proudhon, *De la creation de l'Ordre dans l'Humanité ou Principes de organisation politique*, Paris y Besançon, 1843, p. 38. [De la creación del orden en la humanidad o principios de organización política, Sempere y cia. Valencia, s.f. Un texto del que Proudhon unos años después de haberlo escrito, en su *Filosofía del Progreso*, renegará (N.R.).]

[14] Ludwig Feuerbach, *Vorläufige Thesen zur Reformation der Philosophie*, Zurich y Winterthur, 1843, tomo 2, p. 64. [Tesis provisionales para la reforma de la filosofía / Principios de la filosofía del futuro, Hyspamerica, Buenos Aires, 1984]

[15] Ludwig Feuerbach, *op. cit.*, p. 402.

[16] *Op. cit.*, p. 403.

[17] *Op. cit.*, p. 403.

[18] *Op. cit.*, p. 406.

[19] *Op. cit.*, p. 408.

[20] Gobierno (N.R.).

[21] Rousseau, los filántropos y otros acusaron a la cultura y a la inteligencia, pero olvidaron que esta se encuentra en todos los cristianos y no sólo en los cultos y refinados.

[22] Friedrich von Schiller, *Die Worte des Glaubens* [Palabras de la Fe], 1798 (N.R.).

[23] Juan 2,4.

[24] Mateo 10,35.

[25] Ludwig Feuerbach, *Das wesen des Christentums*, p. 403.

[26] Mateo 11,27 (N.R.).

[27] Lucas 17,6 (N.R.).

[28] Marcos 9,23.

"La lógica no puede cuestionarse a sí misma con sus propios parámetros, y esa es la paradoja lógica; cualquier cosa puede ser ilógica para la lógica menos la lógica misma. Lo curioso de la lógica es que es un elemento jurídico, y por tanto está preestablecida, como todo elemento jurídico; y en el establecimiento previo de esta ley justamente se encuentra la prohibición del propio cuestionamiento, lo que en el ámbito de la psicología social se podría interpretar como *el tabú del mea culpa*. Por eso una lógica establecida por la Iglesia, por el Estado o por las Naciones Unidas, con la biblia, la constitución o la declaración universal de derechos humanos como sus respectivos instrumentos, es incuestionable desde el punto de vista lógico, que, paradójica y lamentablemente, es entonces el único punto de vista posible." (Bi Lee)

En el año 1844 en la ciudad de Leipzig, Johann Kaspar Schmidt, conocido por sus escritos como Max Stirner, un profesor secundario estudiante de filosofía, filología y religión, publica "El único y su propiedad", texto fundamental de su pensamiento, en el que cuestiona los valores sagrados con que nos educan y la obediencia a la que estamos acostumbrados a someternos dentro y fuera de los sistemas educativos. El libro es inmediatamente censurado y Stirner nunca volvió a poder enseñarle nada a ningún menor de edad en una institución. Más tarde el Ministerio del Interior levantaría la censura por considerarlo un texto "demasiado absurdo para ser peligroso", aunque el autor no volvió a encontrar editor que se atreviera a publicar sus siguientes investigaciones. Hoy día este material sigue al margen del currículo oficial de escuelas y universidades.